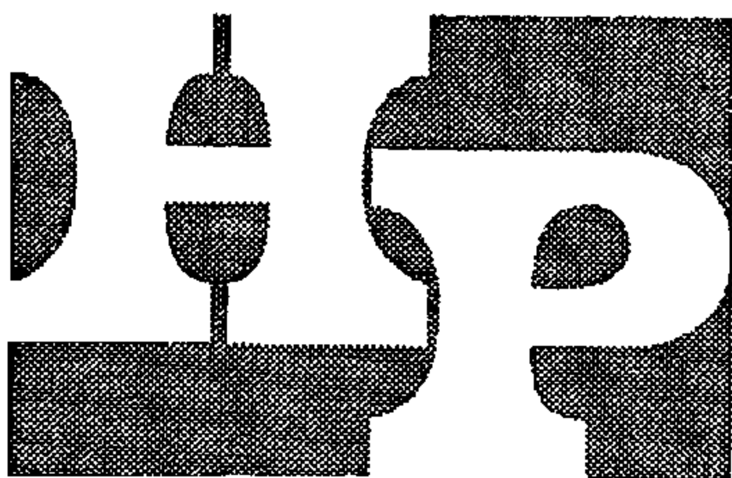


Silver Kane

LOS HIJOS DE LA NOCHE





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

LOS HIJOS DE LA NOCHE

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 111
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 47.287 - 1971

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: febrero, 1972

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Baecelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

El rancho consistía en un terreno inmenso, donde pastaban más de diez mil cabezas. Había cuatro edificios en su parte central, uno de ellos verdaderamente lujoso, de estilo virginiano, pintado de blanco y con magníficos apliques dorados en ventanas y puertas. Diríase que, en lugar de ser la residencia de un ranchero, aquélla era la casa de vacaciones del presidente de Estados Unidos.

Un camino llevaba desde el rancho a la pequeña población de Wolson, camino estrictamente particular, por el que no se permitía el paso más que a las gentes del rancho, y era liso, amplio y magnífico, excepto en un punto: la zona en que atravesaba los montes Laramie.

Allí el camino se estrechaba, se hacía angosto y difícil durante media milla, al atravesar una profunda garganta abierta entre los montes.

Para ir del rancho a la ciudad de Wolson, tenía que pasarse precisamente por allí, a menos que se quisiera dar un rodeo de dos días o ascender por dificilísimos caminos, donde los caballos corrían a cada paso el riesgo de despeñarse.

Precisamente los diez hombres que se hallaban en la explanada del rancho, estaban mirando hacia el desfiladero cuando alguien salió del hermoso edificio blanco.

Era un hombre bien vestido, aunque con ropas vaqueras. Tendría unos cuarenta años y era de mediana estatura, con una incipiente calva, bastante abdomen y aspecto de darse la gran vida. Pero, no obstante, todo en él reflejaba fortaleza y seguridad en sí mismo. De su persona se desprendía tal sensación de poder, que los diez hombres que estaban en la explanada se quitaron los sombreros maquinalmente al verle.

El hombre les dijo:

—Entrad.

Los diez tipos obedecieron. A pesar de que se habían quitado los sombreros al ver a su dueño, todos tenían aspecto de pistoleros, y evidentemente lo eran. Llevaba cada uno dos revólveres, bien ceñidas las fundas a los muslos por medio de correíllas. Sus manos se notaban ágiles, descansadas, aptas para moverse con rapidez. Manos de pistolero o de pianista. No tenían una sola callosidad en los dedos, lo cual indicaba que jamás habían trabajado en el rancho.

El dueño de éste les hizo sentarse en el amplio salón que se abría después del vestíbulo. Había allí butacas para todos, y se acomodaron, descansando las piernas en los brazos de los asientos. Por su actitud, cualquiera hubiese adivinado inmediatamente que aquellos tipos vivían de sus gatillos.

Cheney, el dueño del rancho, dio dos palmadas y se abrió una puerta del fondo, por la que entraron inmediatamente tres camareras, siendo portadoras de bandejas con bebidas. Eran jóvenes, bonitas e iban vestidas de una manera alegre. Los ojos de los pistoleros se iluminaron al punto al ver que sus faldas, al andar, se les abrían por encima de las rodillas.

Hubo gritos de alegría. Inmediatamente, las manos de los pistoleros se movieron más de lo que hubiera sido conveniente, y Cheney tuvo que restablecer el orden con un enérgico gesto.

—¡Calma, imbéciles! Puede que las chicas os entretengan más adelante, pero ahora os he reunido para hablar de negocios. ¡Bebed y escuchadme!

Los pistoleros tomaron sus bebidas en silencio, mirando con envidia cómo se alejaban las provocativas mujeres.

Cheney dijo:

—Os he reunido porque hoy tenemos que resolver definitivamente el asunto del *sheriff* de Wolson.

—¿Qué ocurre con él? —preguntó uno—. ¿Es por lo de los terrenos?

—Sí. Vosotros sabéis perfectamente que he ido anexionando al mío todos los ranchos circundantes, apoderándome prácticamente de todos los pastos y las riquezas de la comarca. Con esto he podido conseguir lo que quería: imponer mis principios en los mercados ganaderos de la región, y convertirme casi en su dueño absoluto.

El que había hablado antes susurró:

—Pero estaba la cuestión de las manadas que llegaban de Texas…

—Exacto. Ahí empezaron las dificultades. Los compradores de la región, al no interesarles mis precios, fueron a buscar la carne a Texas. Aún contando con los gastos y los peligros del viaje, les resultaba remunerador, si traían una manada lo bastante grande. Y las manadas empezaron a llegar poco a poco a esta parte de Wyoming.

Hizo una pequeña pausa para beber un largo trago de *whisky*, mientras miraba a sus pistoleros por encima del borde del vaso. Uno de éstos murmuró:

—Fue entonces cuando nos buscó a nosotros, ¿eh, Cheney?

—Sí. Necesitaba que estas manadas transportadas desde Texas no llegaran a Wyoming. Todo mi negocio peligraba si aquel tráfico seguía manteniéndose, y por eso formé la mejor banda de cuatreros que ha actuado nunca en el Oeste central. Vosotros os encargasteis de deshacer las manadas, de matar a los que las transportaban y de sacrificar las reses cuando no me las podíais traer a mí. Durante cerca de doce meses, las cosas marcharon estupendamente. El comercio de carne con Texas cesó casi por completo.

—Y usted nos pagaba bien —dijo uno de los pistoleros.

—Sí, pero entonces intervino el *sheriff* de Wolson, ese maldito Randall. Viejo y todo como es, inútil para imponer la ley, empleó todas sus fuerzas en luchar contra mí. Empezó denunciándome ante la corte federal como jefe de cuatreros.

—Y a usted le costó sus buenos dólares paralizar el asunto, ¿no? Por poco le procesan, jefe.

—Sí. Me costó mis buenos dólares. Pero si las cosas hubieran terminado ahí, yo no me habría asustado ni poco ni mucho. Todos los hombres que se han enriquecido aprisa, tienen dificultades legales algún día. Sin embargo, no se detuvo aquí.

—Sí, ya recuerdo —dijo otro de los pistoleros—. Pidió protección militar para todas las manadas que llegaban de Texas.

—Protección que le fue negada, porque la caballería estaba ocupada más al Oeste en sus luchas con los indios. De todos modos, también me costó dinero «convencer» a unos cuantos jefes militares de que el asunto no valía la pena.

—Pero, entonces, ¿de qué se preocupa? ¡Las cosas están resueltas! —exclamó otro de los pistoleros.

Cheney lo observó como si estuviese mirando a un imbécil.

—No, ni mucho menos. El *sheriff* insiste e insiste hasta no dejarme vivir. Pero no es esto lo peor, sino lo que ha iniciado ahora. Pretende que los ranchos vecinos que me fui apropiando, los adquirí por medios ilegítimos. Llevará también el asunto ante la corte federal, y yo podría verme desposeído. No se trata ahora de vender la carne a los precios que yo imponga, sino de quedar convertido de la noche a la mañana en un ranchero pobre, como era cuando me establecí aquí. Por eso he decidido acabar de una vez con esta maldita situación. Acabarla para siempre.

Hubo un movimiento general de expectación entre los diez pistoleros, los cuales agotaron casi de un trago los restos de sus bebidas. Presentían el trabajo importante y bien pagado, y de una manera instintiva, se inclinaron todos hacia adelante.

Cheney dijo sencillamente:

—Hay que matar al *sheriff*.

—Pero ¿sabe lo que dice? —intervino uno—. ¿No se da cuenta de que esto puede echarlo todo a perder?

—Eso no echará a perder nada. Muerto el *sheriff*, nadie más volverá a preocuparse de mí. Pero, naturalmente, no voy a ser yo quien lo mate. Tiene que ser una cuadrilla de desalmados que vaya a Wolson por otro motivo. Después de su muerte, se perderá para siempre la pista de los hombres que han acabado con él.

—Y nosotros hemos de ser esos hombres, ¿no? —preguntó otro de los pistoleros.

—¡Qué inteligentes sois!

—Pero luego tendremos que desaparecer…

—Y no volver por aquí en diez años.

—Pero entonces saldremos perdiendo… Aquí tenemos poco trabajo y un empleo bien pagado.

—Os quedaréis sin empleo igualmente si el *sheriff* no muere. Pero además, pienso pagaros bien por esta última faena. Tendréis cada uno cuatro mil dólares. Podréis vivir un año entero en el sitio que más os plazca. Me han dicho que hay mujeres preciosas en México…

Los pistoleros se miraron unos a otros en silencio. Cuatro mil

dólares, resultaba un buen bocado, y además, el trabajo era fácil. ¡Matar entre diez a un *sheriff* viejo, que ni siquiera tenía un agente!

—Adivino que el encargo os gusta —dijo Cheney—, pero tendréis que redondearlo matando también al juez. Él podría buscar consecuencias a este asunto.

—¿El juez?

—Sí.

—¿Y con qué pretexto haremos todo esto? Las dos muertes tienen que parecer una casualidad.

—El pretexto será el más agradable en estos casos: raptar a una chica.

—¿Qué chica?

—Hay una que me gusta muchísimo. La mujer más bonita de toda la comarca. Se llama Norma Key.

—¿La hija del juez?

—Naturalmente.

Varios pistoleros lanzaron carcajadas.

—¡Entonces, todo queda redondo! ¡A nadie se le ocurrirá sospechar de usted, jefe! Nosotros somos una cuadrilla que merodea por la comarca y de repente vemos una chica… apetitosa. La raptamos y para ello hay que liquidar a su padre, que naturalmente, se ha puesto tonto… Cuando el *sheriff* interviene, se le liquida también. Si a alguien se le ocurre remover el asunto, buscará a una pandilla de merodeadores, pero a nadie se le ocurrirá pensar en usted. Y nosotros, tras cobrar cuatro mil dólares, nos largaremos a México. No es tonto, jefe.

—Nunca lo he sido.

—Pero hay una pequeña cuestión de detalle. Nosotros no podemos ir a buscar directamente a la chica, porque se vería que es un plan preconcebido. Ella tiene que llamarnos la atención de algún modo.

—Os la llamará.

—¿Y cómo? ¿Se pondrá en medio de la calle con la falda levantada, enseñándonos las rodillas?

—Más o menos.

El que había hablado hasta entonces, hizo un gesto de asombro.

—No le entiendo.

—Habéis dicho antes que no soy tonto, y efectivamente, no lo

soy. Lo tengo preparado todo. En el *saloon* más importante de la ciudad he hecho colocar por un amigo un gran retrato de Norma Key, robado de casa del juez, y combinado con ese retrato he hecho dibujar a continuación el cuerpo de la chica, muy ligerita de ropa. ¿Entendéis ahora?

—¡Claro! ¡Sólo nos falta verlo para que nos entren ganas de abrazarla! ¡Cualquiera lo comprenderá! ¡Será una situación que en el Oeste se ha producido mil veces, y nadie imaginará que los tiros apuntan a otro lado! ¡Nadie se imaginará que se trata de un plan para dejar a la ciudad sin *sheriff* y sin juez!

—Pero queda otro pequeño detalle —objetó uno de los hombres.

—¿Cuál?

—¿Qué hacemos con la chica?

Varios de los pistoleros lanzaron una carcajada.

—¡Eso no se pregunta, imbécil!

—Sí que se pregunta —replicó sombríamente Cheney—. Claro que se pregunta, estúpido. La chica la quiero para mí.

—Pero eso es absurdo. ¡Si le traemos a la chica, todos se darán cuenta de que estamos a sus órdenes! Y cuando la chica hable…

—La chica no dirá nada.

—Jefe…

El pistolero que hablaba ahora estaba casi anhelante.

—¿Qué…?

—¿Qué piensa hacer luego con la chica?

—Una vez me haya aburrido de ella, la mataré.

—Eso es una…

—¡Eso es algo que no os importa a vosotros! ¡Os licenciaréis con cuatro mil dólares una vez hayáis concluido el trabajo, y eso es todo lo que os interesa saber!

Otro de los pistoleros hizo un amplio ademán.

—Bueno, muchachos, tiene razón el jefe. Eso no os importa. Lo que hay que hacer es ponerse a trabajar enseguida.

Todos se incorporaron.

—Saldréis inmediatamente.

—Pero se verá que llegamos del rancho.

—Cuando entréis en Wolson, nadie sabrá por dónde habéis aparecido.

—De acuerdo. Prepararemos nuestros caballos. Y el pago,

¿cuándo será?

—Cuando hayáis terminado el trabajo, volved. Nadie os perseguirá, porque sois demasiados. Me entregaréis a la chica y yo repartiré entre vosotros cuarenta mil dólares.

—¿Y si alguno cae?

—Su parte aumentará la de los otros.

—Ése es un trato honrado, Cheney.

—Es que yo soy un hombre honrado. ¿No lo sabíais?

Los diez lanzaron al unísono una carcajada.

Instantes después, todos iban hacia las cuadras y montaban en sus caballos. Uno de los pistoleros se procuró un cartucho como los empleados por los mineros, y que siempre llevaba en los trabajos importantes.

Sabían que una hora después estarían en Wolson. Nadie les aguardaba allí y su trabajo sería fácil.

Los miembros de la banda penetraron en Wolson disparando al aire como un grupo de vaqueros borrachos.

Desde el interior de la casa del juez de la población, se escuchó la zarabanda de disparos, pero nadie de los que estaban allí se dio verdadera cuenta de la gravedad del asunto.

La hija del juez, Norma Key, se había puesto ya su vestido de novia. Era un vestido blanco, no demasiado largo, dejando ver el nacimiento de sus bonitas piernas. El juez, que iba a casar a los contrayentes en la ceremonia civil, se había vestido también sus mejores ropas. No había ningún invitado en la casa en aquellos momentos, porque todos tenían que llegar media hora más tarde. Los únicos que estaban allí eran el juez y su hija, además de dos sirvientes.

Norma Key, al escuchar los disparos, entró en el despacho del juez.

Éste llevaba un traje negro, y fumaba en aquellos momentos un estrecho cigarro. Las ropas severas, daban más distinción a su rostro aristocrático y a sus rizados cabellos blancos. El juez Key había sido un hombre guapo en su juventud, y su esposa, muerta muchos años antes, también lo fue. No resultaba, pues, extraño, que Norma Key estuviera considerada como una de las muchachas más bonitas de la comarca.

El juez, al verla entrar, dijo admirativamente:

—Estás muy guapa… Si yo no fuera tu padre, creo que te pediría relaciones.

—Y yo tal vez las aceptara… —más la sonrisa se iba helando en los labios de Norma—. No es que yo pretenda asustarte, papá…, pero ¿ya has oído estos disparos?

—No hagas caso. Deben de ser unos cuantos borrachos, que creen que así van a arreglar el mundo.

—¿Borrachos a estas horas, papá?

—¡Bah! No debes preocuparte más que de estar bonita. Hoy es el día de tu boda…

—Tengo miedo, papá.

—¿De quién?

—No sé… Pienso en aquel tipo del rancho, aquel hombre llamado Cheney, que se ha adueñado de media comarca. Siempre me ha mirado de una forma extraña.

—¡Pero no seas pesimista! ¿Qué va a ocurrir? ¿Quién va a atreverse a molestarte en el día de tu boda?

—Esos disparos…

El juez sonrió tranquilamente. Parecía no querer dar importancia a nada que no fuera el matrimonio de su hija.

—¿Crees que vas a ser feliz con tu prometido? —preguntó, ignorando los temores de ésta.

—Estoy segura, papá. Es el hombre más digno que he conocido.

—Mejor que pienses así. Termina de arreglarte y procura estar lista antes de media hora. Sólo falta ese tiempo para que los invitados empiecen a llegar.

—De acuerdo, papá.

Y Norma salió de la habitación, pero la sonrisa con que trataba de animar su rostro era perfectamente fingida. En realidad, los disparos seguían oyéndose, atronando toda la población, y aquellos estampidos le deshacían los nervios.

Apenas su hija hubo salido del despacho, la sonrisa se borró también de los labios del juez. No había querido inquietarla en el día de su boda, pero aquellas detonaciones significaban algo. No era un cambio de disparos, entre borrachos, sino una auténtica batalla campal.

Fue a dirigirse al exterior, para ver qué ocurría, e incluso llegó a abrir la puerta del vestíbulo. Pero en aquel momento, ésta fue

empujada desde el exterior por cuatro hombres.

Los cuatro iban armados con revólveres «Colt» calibre 45. Acababan de descender de cuatro caballos que aún caracoleaban junto al porche.

El juez Key no recordaba haberles visto nunca.

—¿Qué quieren? —preguntó secamente—. ¿Qué vienen a hacer aquí? ¿Han creído que esto es una taberna?

Los cuatro le miraron burlonamente, como si aquella recepción les divirtiese.

Uno de ellos, gruñó:

—¿Usted es el juez Key?

—¡Él mismo! ¡Y les ordeno que salgan inmediatamente de aquí!

—No ordene tanto, vejestorio. Nosotros somos amigos suyos, al fin y al cabo. Venimos a ofrecerle un precio razonable por su bonita hija…

Las facciones de Key se llenaron de gotitas de sudor frío casi instantáneamente.

—¿Qué… dicen?

—Que venimos a comprarle a su hija. ¿No está en venta?

—¡Lárguense! ¡Están borrachos!

Pero los ojos helados de los cuatro individuos denotaban todo lo contrario.

—No hemos bebido una gota, juez. Queremos llevarnos a su hija, y nos la llevaremos. Lo único que le interesa conocer a usted es el precio.

—¿Y qué precio ofrecen? —musitó angustiosamente el juez, intentando ganar tiempo como fuera.

—¡Éste!

Key hizo un gesto de horror al darse cuenta de lo que ocurría, pero ya fue demasiado tarde para evitarlo.

Los cuatro revólveres dispararon a la vez contra él.

Se llevó las manos al pecho, hundiendo angustiosamente los dedos en los impactos de las balas, y cayó a tierra, lanzando una bocanada de sangre. Por suerte para él, estaba ya muerto cuando su rostro chocó contra las baldosas.

Los cuatro hombres se dieron cuenta de qué no tenían un minuto que perder. A pesar de que la ciudad entera parecía suya, al ver el cadáver del juez les entró una prisa horrible por escapar de allí. Si

por casualidad era capturado alguno de ellos, ni siquiera lo juzgarían antes de hacerlo bailar al extremo de la cuerda, tras martirizarlo horriblemente para que hablase.

Irrumpieron en las habitaciones, una de las cuales era la cocina. Allí había dos sirvientes, que les miraron atónitos, sin hacer el menor gesto de defensa. Los cuatro granujas dispararon fríamente contra ellos.

Desde la puerta siguiente, alguien gritó con voz ronca:

—¡Granujas! ¡Infames! ¡Miserables!

Los cuatro hombres volvieron los rostros hacia allí y parpadearon creyendo hallarse ante una aparición. Porque Norma Key, en cierto modo, lo era.

Con su vestido de novia demasiado corto, su busto alzándose y bajando desacompasadamente, sus cabellos algo revueltos y sus facciones crispadas, aquella muchacha era la más bonita y deseable que los cuatro pistoleros recordaban haber visto nunca.

Uno de ellos susurró:

—¿Y esto es lo que tenemos que llevarnos al rancho?

—Es descomunal.

—Jamás he visto una mujer como ella.

—Y está vestida de novia, igual que si nos esperara…

A través de las puertas abiertas, Norma Key acababa de descubrir el cadáver de su padre. Un ronco y angustioso alarido partió de su garganta, mientras se le doblaban las rodillas.

—Dios mío… —susurró sin fuerzas—. Dios mío…

CAPÍTULO II

El mayoral de la diligencia hizo oscilar el látigo por encima de las testas de los caballos, según un gesto que éstos ya tenían bien aprendido, y a continuación tiró de las riendas mientras gritaba igual que si se dirigiera a un pelotón de soldados:

—Altoooo…

Los caballos delanteros se alzaron de remos y relincharon mientras la diligencia se detenía bruscamente.

Los viajeros que iban en su interior fueron casi lanzados uno contra otro y empezaron a lanzar maldiciones.

—Pero ¿ésta es la manera que tienen de tratar a la gente en Wyoming?

—¿No sabe frenar de otro modo, animal?

—¡En el próximo viaje pondremos a un caballo en el pescante y a usted lo engancharemos, so bestia!

Pero estas imprecaciones no afectaron ni poco ni mucho al conductor, quien ya debía estar acostumbrado a tales efusiones. Al contrario, dijo con la mayor campechanía:

—Servicio terminado, señores.

Los «señores» empezaron a descender lanzando salivazos.

Eran tipos que vestían ropas vaqueras y olían a res a cien yardas. Todos ellos llevaban en las fundas pistolones de calibre pesado y algún que otro cuchillo de desollar. Su equipaje consistía en sacos de lona de los que se transportan sobre los hombros, puesto que la diligencia hacía el servicio de cercanías y empalmaba en la capital con las que hacían las grandes rutas hacia el Este.

Sólo un hombre se quedó en el vehículo, como si no se hubiera dado cuenta de que el viaje acababa de terminar.

Era el único que iba bien vestido dentro del carruaje, pues usaba

pantalones negros, levita gris y botas también negras. No llevaba revólver y su equipaje consistía en un maletín.

El mayoral gruñó, mientras miraba a la «clientela»:

—¿Ya han bajado todos?

Uno de los vaqueros lanzó un salivazo que por poco desloma a uno de los caballos, al cual alcanzó de lleno.

—No. Aún queda el profesor.

—¿Qué cuerno de profesor?

—Aquel tipo que subió en la capital. El que viste como un señorito.

El mayoral pareció recordar de pronto.

—¡Ah, sí, infiernos! Aquel tipo… ¿Y aún no se ha muerto?

—No sé. Pregúntele.

El mayoral descendió de un salto y miró a través de la portezuela.

—Eh, usted…

El hombre que estaba dentro le miró también.

Ahora que lo tenía a un par de pasos de distancia, el mayoral se sorprendió de no haberse fijado antes mejor en aquel hombre. Porque llamaba la atención, y no solamente a causa de sus ropas, demasiado selectas. Llamaba la atención por otras cosas; por ejemplo, por ser joven, fuerte y adivinársele ágil, y por no llevar revólver, a pesar de eso. Pero sobre todo llamaba la atención por el abismo insondable que había en sus ojos.

El mayoral, después de muchos años en la ruta, sabía ya catalogar a los hombres, y por la expresión de sus ojos sabía ya qué clase de tipos eran. Sin embargo, éste le desconcertó desde el primer instante. En aquellos ojos no había odio, ni rencor, ni alegría, ni curiosidad siquiera. En aquellos ojos no había nada. Eso era todo lo que podía decirse de ellos: nada.

Durante unos segundos, el mayoral pensó incluso si estaría hablando con un ciego.

—Eh, usted —repitió.

—Dígame.

El desconocido a quien llamaban «profesor», tenía la voz seca y metálica. Era una voz que, sin que se supiera exactamente por qué, provocaba un leve escalofrío.

—Hemos llegado a Wolson.

—Ah, sí, perdóneme.

—¿Le ayudo a bajar el maletín?

—Oh, no, por Dios.

El profesor bajó. Era alto, delgado, fuerte. Tenía pinta de luchador, pero sus ojos miraban a todas partes como mirarían los ojos de un niño.

Los vaqueros que habían descendido de la diligencia estaban trepando a la baca del vehículo y descargando ellos mismos sus bultos, arrojándolos sobre el cercano porche.

—¡Eh, mayoral!

—¡Ayúdanos, bestia del demonio!

Pero el mayoral ni siquiera les oía, mirando al extraño recién venido. Y es que le resultaba inconcebible que un tipo así hubiera llegado a Wolson.

Daba la sensación de haberse descolgado de otro planeta.

—¿Por qué no lleva usted armas? —susurró.

—No creo que las necesite.

—¿A qué ha venido a Wolson?

—Va a abrirse aquí una escuela.

El que abrió algo fue el mayoral. Abrió la boca.

—¿Y usted qué tiene que ver con eso? —balbució.

—Va a ser una escuela para adultos. La paga el Gobierno federal. Yo seré su director.

El mayoral consiguió cerrar algo la boca.

—¡Vaya! —exclamó.

—Espero que la ciudad de Wolson cambie mucho en pocos años —dijo el recién llegado, pensativamente.

—Seguro que cambia, seguro…

—Eso creo.

—Pero usted no va a verlo, amigo.

El recién llegado volvió la cabeza, mientras sonreía.

—¿No? ¿Por qué?

—En cuanto eche el ojo al «ganado» que entra en esa escuela, se va a largar de un salto al otro lado de las Rocosas. Pero aunque no fuera así, sus alumnos le darían gustosamente un billete para el otro mundo en cuanto usted se pusiera un poco pesado. En fin, ha hecho usted un mal negocio, pero ése no es asunto mío. Suerte.

—Gracias —dijo el hombre.

—¿Cómo se llama usted? Es para acordarme si un día veo desfilar un ataúd con sus iniciales, ¿sabe?

El recién llegado pareció reflexionar. Dio la sensación de que tenía que hacer un gran esfuerzo para acordarse de una cosa tan sencilla.

—Me llamo Jensen —dijo al fin—. Mac Jensen.

—Lo recordaré —dijo el mayoral, siniestramente—. Las iniciales serán M. J. Muy bien, amigo. Hasta nunca.

—Hasta pronto —corrigió Mac, con optimismo—. Oiga, ¿sabe dónde cae la oficina del *sheriff*? He de presentarme a él.

—La oficina del *sheriff* está en la calle lateral, a unas cuatro esquinas de distancia y…

De pronto, el mayoral se interrumpió. Los viajeros también se habían detenido en la agradable tarea de descargar los bultos y arrojarlos contra una vieja que les lanzaba maldiciones desde el porche.

—¿Qué es eso?

«Eso» eran disparos.

No tiros aislados, sino una verdadera traca capaz de poner en conmoción a la ciudad entera.

El mayoral gruñó:

—Me parece que se está armando buena. Éstos no son borrachos, sino algo muchísimo peor. Por si acaso, desengancharé los caballos y los llevaré a la cuadra, no sea que me maten alguno; están valorados tres veces más que yo. Bueno, repito que le deseo suerte, amigo.

Mac repitió maquinalmente:

—Gracias.

A pesar de que todo el mundo empezaba a cobijarse en los porches, dejando el centro de la calle libre, Mac Jensen avanzó muy erguido con su maletín en dirección a la oficina del *sheriff*, siguiendo el camino que le habían indicado.

Parecía como si aquellos disparos trajesen algo a su memoria. Algo muy remoto y muy lejano, porque se le veía torcer ligeramente el gesto y endurecer su mirada como si tratara de concentrar los recuerdos. Pero sin duda no acababa de dar su verdadero

significado a lo que estaba ocurriendo.

Dobló la esquina, y entonces, al llegar a la calle principal, notó que todo el aire olía espantosamente a pólvora. Era una zarabanda de disparos lo que se había armado allí, y lo peor era que la fiesta continuaba, aunque ahora un poco más abajo. Por el centro de la calle no se veía un alma.

Mac Jensen atravesó la calzada sin perder la compostura, subió al porche del otro lado y penetró en la oficina del *sheriff*.

Pero el *sheriff* no estaba allí. O, mejor dicho, estaba de otro modo.

Lo habían cosido materialmente a balazos y se hallaba de bruces en el suelo, bañado en su propia sangre.

Mac Jensen quedó mirándolo con los ojos muy abiertos, muy asombrados, mientras necesitaba apoyarse en una de las jambas de la puerta.

No se dio cuenta de que el maletín había caído al suelo silenciosamente.

CAPÍTULO III

Cuando Norma Key vio lo que había ocurrido, un terror paralizante le dominó por completo. Una angustia tal que le cortaba la respiración hizo que sus rodillas se doblaran.

Pero justo cuando iba a caer, una voz interior le gritó desesperadamente desde el fondo de sí mismo:

«¡Cuidado!».

Había visto la luz que palpitaba en los ojos de aquellos hombres. Se había dado cuenta, como si un relámpago la iluminase, de que la muerte del juez no era lo que los pistoleros perseguían, sino que aquel asesinato era simplemente el medio de conseguirla a ella con más facilidad. Y el instinto surgido de sus entrañas, del fondo de sí misma, dio fuerza a sus músculos para erguirse en el último segundo.

¡Tenía que huir! ¡Ansiaba quedarse junto al cadáver de su padre, pero eso hubiera sido muchísimo peor!

¡Tenía que huir!

Uno de los hombres se acercó lentamente, moviendo las caderas.

—Ven, nena.

Acercaba su mano derecha. Norma no pareció verla hasta que la tuvo junto a ella, hasta que se dio cuenta de que aquellos dedos rozaban ya su boca.

Mecánicamente hizo un gesto irreflexivo. Mordió con todas sus fuerzas la mano del pistolero.

Éste lanzó un aullido, mientras saltaba hacia atrás.

—¡Perra maldita!

La muchacha no se estuvo quieta. No esperó un segundo más. Dio un fantástico salto hacia atrás, poniendo en juego su ágil y suave musculatura, y desapareció del marco de la puerta antes de

que los pistoleros tuvieran tiempo ni de parpadear siquiera.

Siguiendo su impulso, el hombre a quien acababa de morder extrajo el revólver con un gesto centelleante.

Su compañero más cercano le dio un manotazo.

—¡No seas imbécil!

—Le voy a…

—Si la matas, el jefe te mata a ti. Lo que tenemos que hacer es cazarla viva, y a ser posible sin un solo rasguño.

—Pues tenemos que darnos prisa. ¡La condenada corre como una gacela!

—No llegará muy lejos.

—¡De todos modos vamos allá!

Los cuatro hombres salieron a trompicones en persecución de la muchacha. Justamente fue su propia precipitación lo que les hizo perder unos segundos muy valiosos al encallarse todos en la puerta.

La muchacha, entretanto, había salido a la calle y corría con todas sus fuerzas sobre los altísimos y elegantes tacones que había pensado usar en el día de su boda.

¡Un día que estaba convirtiéndose en un funeral!

Causaba un extraño efecto el ver a aquella preciosidad, y, además, vestida de novia, correr desesperadamente por los porches, mientras tras ella sonaban gritos e improperios.

La muchacha dobló la esquina justo cuando los cuatro hombres salían atropelladamente a la calle.

No llegaron a verla.

En el primer instante no supieron si había ido a un lado o a otro, y dudaron sobre qué dirección seguir.

Al fin, uno de ellos gritó:

—¡Me parece que el taconeo se oía por allí!

Fueron todos en la dirección indicada. Y, en efecto, no se habían equivocado. Era la dirección seguida por Norma Key.

Ésta fue en línea recta al sitio donde lógicamente tenía que encontrar protección. El único lugar de Wolson donde podían ayudarla: la oficina del *sheriff*.

Jadeando, atravesó el umbral, y de pronto se detuvo horrorizada, con la boca abierta, los ojos dilatados por el espanto.

De su garganta se negaba a brotar el menor sonido. No fue ni siquiera capaz de gritar.

Sólo pudo balbucir:

—Dios mío…

Había visto lo mismo que Mac Jensen. Es decir, al *sheriff* acribillado a balazos y bañado en su propia sangre.

Estuvo a punto de caer, y al apoyarse en la puerta fue cuando vio a aquel hombre.

El hombre quieto, correctamente vestido, que estaba mirándolo todo, pero con una mirada vacía, como la de un niño que acabase de llegar al mundo.

Él también volvió la cabeza. Sus ojos no reflejaron la menor emoción.

Fuera se oía ya el taconeo de los forajidos, que llegaban a todo correr. Y era lógico que pensaran que la muchacha se había refugiado en la oficina del *sheriff*.

Norma volvió a susurrar:

—Dios mío…

—¿La persiguen? —preguntó el hombre, con una voz tranquila que parecía llegar desde muy lejos.

—Sí. Vienen… a buscarme.

—Comprendo.

Y el hombre no dijo más. Durante unos segundos angustiosos, la muchacha pensó que iba a defenderla, pero entonces se dio cuenta de que aquel desconocido carecía incluso de lo más esencial: no llevaba ni siquiera revólver.

De pronto, el hombre dijo:

—Ocúltese tras la puerta.

—Le advierto que será peor. Ellos…

—No podemos elegir, señorita. Ellos ya están aquí.

Norma obedeció, colocándose rápidamente en el hueco que mediaba entre la puerta abierta y la pared de la casa.

Mac encendió pensativamente un cigarro y se puso a mirar el cadáver del *sheriff*, procurando no mancharse con su sangre.

Cuatro hombres armados con revólver irrumpieron entonces al galope en la pequeña oficina.

Se quedaron un momento atónitos al ver allí a Mac, como si no comprendieran qué demonios podía estar haciendo.

Uno de ellos masculló:

—¿Quién es usted?

—Me llamo Mac Jensen y acabo de llegar a la ciudad. Tenía que haberme presentado al *sheriff*.

—¿Sí? Pues no piense ya más en eso, amigo. Alguien se ha presentado antes que usted.

—Sí, ya lo veo.

—Hablando de ver… ¿Ha echado el ojo, por casualidad, a una ninfa que venía corriendo?

—¿Una ninfa?

—¡Una tía imponente, para que nos entendamos todos! ¿La ha visto?

—¿Cómo era?

—Estaba así y así, y además, vestía de novia. No había modo de confundirla. ¿La ha visto? ¡Hable de una vez!

—¿Tenía los cabellos rubios y llevaba una faldita algo corta?

—Sí… ¡Diablos, sí!

—¿Con unas curvas de espanto?

—¡Sí!

—¿Y unos labios como fresas?

Los pistoleros babeaban ya.

—¡Sí!

—Pues entonces tiene que ser ella. Se ha detenido unas fracciones de segundo en la puerta, quizá para pedir ayuda al *sheriff*, pero al ver que a éste lo habían matado, ha seguido su camino.

—¿Hacia dónde?

—Hacia unas esquinas más abajo. Yo calculo que iría al puesto de diligencias.

Los cuatro hombres se miraron durante un instante, no sabiendo si el desconocido mentía o no.

Norma Key, desde su escondite, contuvo la respiración, mientras pensaba que los latidos angustiosos de su corazón debían oírse como un tambor en la oficina entera.

Transcurrieron unos segundos de silencio, de un espantoso silencio, durante el cual todos parecían haber dejado de respirar incluso.

Al fin, uno de los pistoleros dijo:

—Si ha ido a la parada de diligencias, tenemos tiempo. Vamos a echar aquí un vistazo.

—Como gusten —dijo Mac—. Pero no me cargarán a mí lo de la muerte del *sheriff*, ¿eh?

Había tal ingenuidad en su voz, que los cuatro a la vez lanzaron una carcajada.

—No te preocupes, pichón, nadie va a cargarte a ti esa hazaña. ¡Pero si no llevas ni revólver! Vamos, apártate.

Mac se apartó hacia donde estaba el cuerpo del *sheriff* y se manchó las botas de sangre.

—¡Maldita sea! —masculló.

Y empezó a arrastrar las suelas sobre las tablas para borrar la sangre, acercándose ahora intencionadamente hacia la puerta, pero guardándose muy bien de mirarla.

Los cuatro hombres miraron bajo de la mesa, en el pequeño lavabo, en el departamento de celdas, y hasta detrás del armario donde el *sheriff* guardaba sus rifles.

Ninguno de ellos se fijó especialmente en la puerta, puesto que Mac llamaba más la atención con el nervioso restregar de sus botas contra el suelo, donde iba dejando un rastro de sangre.

—¡No puedo salir así! —masculló—. ¡No puedo ir dejando huellas por toda la ciudad! ¡Pareceré un asesino!

Los cuatro hombres pasaron junto a él atropelladamente, buscando la salida. Ahora parecían tener mucha prisa por acorralar a la muchacha en otra parte.

Dieron tal empujón a Mac Jensen, que éste rodó por el suelo.

Las botas de los cuatro hombres le patearon. No fue un insulto, sino algo peor: los cuatro obraron como si él no existiese, como si no fuera nadie. Y puesto que habían pisado la sangre del *sheriff*, le dejaron a él empapado de rojo.

Cuando todos se hubieron alejado porche abajo, Mac Jensen se levantó, llevándose una mano a la cabeza. Su aspecto no podía ser más desastroso, después del paso de aquella especie de manada por encima de su cuerpo. En la mirada de la muchacha, que acababa de salir de su escondite, descubrió no sólo gratitud, sino también un poco de pena.

—Creo que me ha salvado la vida —dijo ella, roncamente.

—Y me han puesto perdido.

—Hubo un momento en que pudo haberlos matado, porque estaban distraídos, pero veo que no lleva revólver.

—No me gusta usarlo.

—Ya —dijo ella, suavemente, no se Sabía bien si con admiración o con lástima.

Mac susurró:

—¿Cómo se llama usted?

—Norma Key.

—¿Y por qué va vestida de esa manera?

Ella volvió a mirarle otra vez, como si no comprendiera muy bien a aquel hombre.

—Iba a casarme. ¿No lo imagina?

—Algo muy grave ha tenido que suceder para que usted cambiara de propósito, supongo.

—Muy grave. Han asesinado a mi padre. ¿Le parece poco?

—¿Esos mismos hombres?

—Sí.

—¿Por qué la persiguen? ¿Son enemigos suyos?

—No los había visto en mi vida. Eso es lo más horrible. No los había visto jamás.

Mac Jensen pareció meditar durante unos instantes y palideció un poco, como si aquella situación le alterara muchísimo. Como si todo aquello estuviese fuera del universo en que hasta entonces se había movido.

Al fin llegó a la siguiente conclusión:

—Si esos hombres la han perseguido después de matar a su padre, supongo que no se detendrán en detalle más o menos —dijo—. Por consiguiente, no pararán hasta encontrarla.

Ella tenía lágrimas en los ojos.

—No parece usted de esta tierra, señor. Realmente no hace falta pensar mucho para llegar a esa conclusión.

—Cierto —dijo él—. Deberá usted perdonarme, señorita Norma, si alguna vez le parezco distinto de los otros hombres que está acostumbrada a tratar. Pero ya me acostumbraré a este ambiente, ¿sabe? Ya me acostumbraré. Por lo pronto, usted necesita que alguien la oculte.

—No quiero que sea usted. Le matarían. Demasiado he visto ya que no sabe defenderse.

—Cierto —susurró él, sonriendo de una manera extraña—, pero tampoco sé enterrar cadáveres, sobre todo si éstos son de mujeres

bonitas. Por tanto, prefiero correr el riesgo de ayudarla. Venga conmigo.

—¿Adónde?

Ella no podía elegir. Se daba cuenta de eso. Se daba cuenta también de que la angustia, la desesperación estaban a punto de volverla loca. Sus rodillas temblaban. En cualquier momento le fallarían y entonces…

Advirtió que el hombre no había contestado a su pregunta, pero no se atrevió a interrogarle más. Que la llevase adonde quisiera. Cualquier sitio sería mejor que encontrarse de nuevo ante los asesinos de su padre.

Y le siguió dócilmente.

CAPÍTULO IV

El hombre que montaba el caballo blanco debía tener unos treinta años. Era alto, cuadrado, de facciones que parecían talladas en piedra. Usaba pantalones tejanos, botas de media caña, una cazadora de piel y un sombrero que en otro tiempo fue blanco, pero que ahora estaba completamente cubierto de polvo.

Llevaba dos revólveres, aunque por el desgaste de la culata era fácil adivinar que sólo usaba uno: el izquierdo. El otro parecía estar destinado exclusivamente a ofrecer espacio para que su dueño marcara muescas, unas muescas que ya no le cabían en un revólver solo. Porque, aunque causara un cierto escalofrío verlo, entre los dos revólveres había más de diecisiete muescas.

Sin embargo, aquel hombre no era un pistolero, aunque en muchos aspectos lo pareciese.

Dentro de uno de sus bolsillos había una placa de agente federal. Y dentro del otro, una documentación en regla.

Y ahora el hombre galopaba hacia el Oeste central. Galopaba como un loco siguiendo la ruta de diligencias.

En la capital le habían dado el informe:

—Sí. Un tipo serio, que nunca se metía con nadie. Un fulano bien vestido, sin revólveres y con un maletín. Ha tomado el carricoche que va a Wolson.

Y ahora, el federal se dirigía hacía allí. Se encaminaba al galope hacia Wolson.

Sus ojos grises, implacables, duros, parecían taladrar el horizonte, anticipándose a la rabiosa galopada de su caballo.

Atravesaban ahora una llanura dilatada, cubierta por las primeras sombras del atardecer, una llanura inmensa, pero en cuyos bordes se abrían peligrosos abismos.

El caballo se acercó a uno de ellos y empezó a bordearlo, sin dejar de galopar.

Y su dueño se fue poniendo nervioso, muy nervioso, mientras palidecía mortalmente.

Hasta que al fin lanzó un grito y rodó montura abajo, hacia el borde del abismo.

CAPÍTULO V

Cuando ya habían dejado bastante atrás la población y caminaban a través de los campos silenciosos, ella se atrevió a preguntar:

—¿Adonde me llevas?

Norma había resuelto tener confianza en él, tratarle como a un amigo, ya que después de muerto, el *sheriff*, no había otra persona que pudiera ayudarla en toda la ciudad de Wolson.

Por eso preguntó, suavemente:

—¿Adonde me llevas?

—Tengo derecho a ocupar una casa en las afueras de la ciudad —dijo él—. Antes de llegar me dijeron que estaba en dirección Este, junto a un bosquecillo. Es ahí donde vamos.

—¿Te refieres a la casa del maestro?

—Sí. Yo soy el nuevo maestro de Wolson —dijo él.

—Ahora lo comprendo todo.

—¿Qué es lo que comprendes?

—Tu aspecto pacífico, tu tranquilidad y el hecho de que no lleves armas. Eso es insólito aquí.

—Ya me hago cargo.

—La casa a la que vamos está vacía desde hace mucho tiempo. Creo que el último maestro que tuvimos en Wolson murió hace dos años.

—¿Lo mataron?

—Mitad y mitad. Unos bromistas le obligaron a montar un caballo salvaje, que no había sido tocado nunca, y el caballo, después de derribarle, lo destrozó entre sus patas.

Mac suspiró.

—Pues vaya muerte más dulce…

—Decían que no hace falta aquí nadie que enseñe a multiplicar. Que lo único que hace falta enseñar aquí es la doma de caballos salvajes.

—Veo que la gente de Wolson tiene una gran sed de cultura.

—Lo que quiere decir que quizá a ti te hagan lo mismo. Debes tener cuidado —susurró Norma.

—No metiéndome con nadie, nadie se meterá conmigo —opinó él.

La razón debió parecer muy frágil a Norma, porque ésta movió de un lado a otro la cabeza, pesarosamente.

—Por lo pronto, ya te has buscado un buen lío ayudándome a mí. Aquellos pistoleros no pararán hasta dar con nosotros.

—Ni siquiera saben quién soy. Y no tienen la menor idea de que sea yo precisamente quien te ha ayudado.

Norma volvió a mover la cabeza pesarosamente. La extraña ingenuidad del hombre la desconcertaba. No comprendía que él no se hubiera dado aún cuenta de lo que dentro de poco iba a ocurrir en Wolson.

Por eso dijo:

—No es justo que mueras por mí. En cuanto caiga la noche, buscaré un buen caballo y me alejaré hasta la capital. El *sheriff* era un buen amigo de mi padre. No creo que se atrevan a perseguirme.

Mac Jensen no hizo ningún comentario.

Parecía alejado de todo aquello, parecía como si viviese en un planeta aparte donde nada tenía importancia. Norma se dijo que nunca había visto a un hombre como aquél. ¿Era un distraído? ¿Se trataba simplemente de un cobarde? ¿O estaba loco?

Antes de que ella pudiera contestarse a estas preguntas, vieron a lo lejos la casa.

A pesar de haber estado abandonada durante un par de años, tenía un buen aspecto, y su enclave junto al bosque la hacía especialmente apta para pasar allí una luna de miel. Norma se preguntó con cierta inquietud si no sería eso precisamente lo que el hombre buscaba.

¿Qué sabía de él, al fin y al cabo? ¿Quién era, sino un desconocido que acababa de llegar aquel mismo día a Wolson?

Lo miró.

El hombre seguía teniendo el mismo aire ausente, lejano, como

si no supiera por qué estaba allí ni lo que iba a hacer un minuto más tarde.

Extrajo una llave, que sin duda le habían enviado por correo al darle instrucciones para su llegada a Wolson, y abrió la puerta. Un halo a humedad y a aire quieto les recibió, aunque la casa estaba relativamente limpia.

Mac abrió las ventanas y enseguida el ambiente se hizo más grato.

Norma Key se dejó caer en un taburete que había en el centro de la estancia, sintiendo que se derrumbaban todas sus fuerzas. Ahora, de pronto, comprobó que lo único que la había sostenido había sido el miedo. Al sentirse en relativa seguridad, toda su falsa fortaleza se había derrumbado. Se dio cuenta de que estaba sola, espantosamente sola, y creyó ver de nuevo el cadáver de su padre bañado en un charco de sangre. Hundió la cabeza y unos sollozos espasmódicos sacudieron sus hombros.

Mac encendió calmosamente un cigarro, mientras la miraba desde el otro lado de la pieza.

—Debes calmarte, muchacha —susurró.

Ella alzó sus ojos anegados en llanto.

—¿Cómo voy a calmarme? ¿Cómo voy a hacerlo si acaban de asesinar a mi propio padre y no puedo ni siquiera velar su cadáver? ¿Qué harán con él? ¿En qué oscura tumba lo sepultarán ahora?

—Resulta inútil pensar en esas cosas. El mal está hecho y ya no puedes remediarlo.

—No lo puedo evitar. Tengo la sensación de que, de ahora en adelante, mi vida no va a ser más que una pesadilla.

Él retiró el cigarro de sus labios pensativamente.

—Hay algo que quiero preguntarte, Norma.

—Te lo agradezco mucho si lo que intentas es distraerme, pero…

—No, no intento distraerte. Es algo que me llama la atención de verdad. ¿Por qué has confiado en mí?

—No había nadie más que pudiera ayudarme.

—¿Y tu novio? ¿No ibas a casarte? Vas vestida para la boda.

—Mi novio…

—¿Qué ocurre con él?

—Tenía que llegar aún. Iba a presentarse en la ciudad de un

momento a otro.

Mac parecía extrañado. Por poco se traga el cigarro.

—Diantre… ¿Tiene una novia tan estupenda como tú y ni siquiera se había preocupado de llegar a tiempo a la ciudad?

—Tiene siempre mucho trabajo.

—No será tanto. Siempre se puede hacer un huequecito, aunque sólo sea para casarse uno.

—Es que su trabajo le apasiona. Nunca deja un asunto cuando lo tiene entre manos.

—Diablos, entonces debe de ser enterrador. Me parece que son casi los únicos que no pueden dejar un trabajito a medio hacer. O un verdugo.

—Algo de eso.

—¿Es verdugo?

—Ha enviado a bastante gente a la horca, aunque no la haya ejecutado por su propia mano.

—Infiernos, entonces es *sheriff*.

—Algo parecido. Es federal.

A Mac, que tenía el cigarro en la boca, por poco se le cae al suelo.

—¿Federal?

—Exacto.

—¿Y tiene mucho trabajo?

—Siempre le encargan los casos más difíciles, razón por la cual viaja continuamente. Pero me prometió que hoy estaría en la ciudad de Wolson para casarse conmigo.

Mac susurró:

—Y lo ocurrido fue que esos granujas llegaron antes.

—Así fue.

Norma se puso lentamente en pie. Parecía mentira, pero aquella breve referencia a su boda la había animado, la había hecho olvidarse por unos instantes del horrible drama que acababa de vivir. Ahora comprendió que de nada servían los recuerdos. Lo único que tenía que hacer era adecentar un poco aquella casa, si en ella iba a vivir el único hombre que se había atrevido a ayudarla.

—No hay aquí nada de comida —dijo—, pero supongo que al menos habrá ropa limpia en algún armario. Te prepararé la cama y ordenaré un poco esto.

Al mirarse se dio cuenta de que iba con vestido de novia. No pensó si estaba bonita, si estaba tentadora o lo que podía pensar el hombre. Simplemente se dio cuenta de que no podía trabajar así y empezó a quitárselo.

En aquella soledad, en aquel íntimo silencio, parecía efectivamente una novia que se desnuda lentamente para el hombre amado.

—Habrá por aquí una bata —susurró.

Estaba tan trastornada que no se daba cuenta del brillo de los ojos del desconocido. A pesar de que llevaba debajo suficiente ropa para que sólo una parte de su hermoso cuerpo quedara al descubierto, los ojos de Mac brillaron durante unos segundos como los de una fiera al acecho.

La muchacha levantó la cabeza y entonces le vio.

Vio aquellos ojos quietos, hipnóticos, aquella boca rígida, aquellas manos que parecían tenderse hacia ella.

Fue entonces cuando tuvo conciencia real del peligro, cuando una voz interior le dijo angustiosamente que estaba perdida.

CAPÍTULO VI

El hombre llevaba las ropas cubiertas de polvo cuando descabalgó de un salto desde la silla de su hermoso caballo blanco.

En su cara había unos arañazos y daba la sensación de haber caído, pero estaba impasible y tranquilo, tan serio como si se dirigiera a un funeral.

Había amarrado su caballo frente al porche del Semiramis, un *saloon* regentado por un emigrante judío y, que era el más elegante de Wolson.

Entró, empujando los batientes con su cuerpo.

Y lo primero que vio fue a un hombre de unos treinta años, que estaba medio desnudando a una bailarina.

El tipo en cuestión debía haber bebido mucho, pero aún tenía la suficiente serenidad para darse cuenta de lo que estaba haciendo. Y, desde luego, se encontraba en la plenitud de su fuerza. La bailarina chillaba y gemía, pero no era más que un juguete en las manos del hombre. Éste, riendo, dio un último tirón y arrancó el vestido secamente.

La chica llevaba muy poca cosa debajo.

Muy poquita cosa.

El hombre, rugiendo, fue a abrazarla de nuevo, sabiendo que nadie intervendría para molestarle, porque todos los clientes estaban amedrentados al fondo del local. Incluso el dueño se había sentado bajo el mostrador para que no le viesen.

El que acababa de entrar dirigió apenas una mirada a la pareja, mientras parpadeaba lentamente.

Extrajo su placa de agente federal y la arrojó dos veces al aire, volviendo a recogerla en la palma de la mano.

—Amigo.

El que estaba con la bailarina se volvió a mirarle con los ojos brillantes.

—¿Qué ocurre?

—Esto.

Volvió a lanzar al aire la placa. El otro se dio cuenta enseguida de qué era lo que pretendían decirle.

Pero la situación no le gustó. O quizá pensó que ya sobraría tiempo luego para hablar con el recién llegado.

—¡Vete al diablo! —gritó.

El federal dijo con la mayor naturalidad:

—Primero tú, amigo.

Tiró suavemente del revólver izquierdo y lo volteó en el aire antes de disparar.

El otro soltó a la chica, se le quedó mirando atónito durante unas interminables fracciones de segundo.

—¡Estoy desarma…! —empezó a gritar.

Pero el federal no le dio tiempo.

De dos balazos le partió en cuatro la cabeza. La chica estaba tan cerca que parte de la sangre saltó sobre ella. Lanzó un grito de agonía, como si le hubieran alcanzado las mismas balas.

El federal volteó el revólver y volvió a guardarlo, tras soplar en el cañón.

El dueño del *saloon* asomó por encima de la barra, pálido como un muerto.

Pero resultó que el muy buitre lo había visto todo.

—Ese hombre iba desarmado —dijo.

Y era cierto. Sus revólveres estaban sobre una mesa, aunque muy cerca. Se los había quitado para poder moverse mejor.

—Lo sé —dijo el federal.

—¿Y aún así lo ha matado?

—Estaba armando alboroto público y estorbando la circulación —dijo tranquilamente el federal—. Asunto resuelto. Sáquenlo de aquí después de decirme quién era.

El dueño tragó saliva penosamente, no sabiendo si hablaba con un federal o con un verdugo.

—No lo sabemos. Formaba parte de un grupo que ha llegado esta mañana. Han estado alborotando y cometiendo tropelías. Creo que buscan a una chica, pero éste se ha entusiasmado en mi *saloon*,

y se ha quedado aquí. Los demás no sé dónde están.

—De acuerdo. Se ha quedado aquí —dijo el federal, con voz helada—. Asunto concluido por todas partes. ¿Tiene una habitación? Voy a pasar la noche en la ciudad.

—Sí…, sí, señor… Claro… claro que la tengo… Arriba…

El federal gruñó:

—Que sea buena.

—Es… excelente…, señor.

—De acuerdo. Vamos.

El federal subió acompañado del dueño, sujetándose a la barandilla mientras ascendía. Una vez en el piso superior, miró hacia abajo por encima de la baranda. Fue un error. Notó que su cabeza daba vueltas, que el vacío le atraía silenciosa y mortalmente.

Cerró los ojos y consiguió dominarse.

Pero la baranda tembló a causa de la fuerza con que tuvo que sujetarse a ella.

CAPÍTULO VII

Mac Jensen susurró:

—No lo hagas.

Ella sentía aquella mirada fija, insistente, cruel, clavada en la carne de sus hombros, en la línea suave de su cuello; en el nacimiento de sus senos erectos y poderosos.

Se estremeció.

—¿Que no haga, qué?

—No debieras haberte quitado el vestido de novia. No vale la pena arreglar nada aquí. Pero ya que lo has hecho, mira a ver si encuentras una bata por aquí.

Añadió, con voz suave:

—Eres demasiado bonita.

Ella fue al fondo de la habitación, donde se encontraba una puerta. Intuía que el peligro había pasado ya, pero aun así, se sentía tensa y notaba que los ojos del hombre la iban siguiendo a todas partes.

Intentando portarse con naturalidad, musitó:

—No olvides que estoy prometida con otro hombre, Y que, a pesar de la muerte de mi padre, me casaré con él.

—¿Cuándo?

—No sé. Cuando llegue. Puede ser mañana o puede ser esta misma noche. Lo raro es que no se haya presentado ya. Pero recuerda siempre cuando me mires que estoy prometida a otro hombre.

—Y tú recuerda siempre que eres demasiado bonita.

—Sí —dijo bruscamente una voz junto a la puerta—. Es demasiado bonita.

Los dos, el hombre y la mujer, se volvieron a la vez.

Había sido una voz ronca, rápida, pero no nerviosa. Por el contrario, era la voz de un hombre que se siente muy seguro de sí mismo.

Lo vieron en la puerta exterior.

Era un tipo joven, cuadrado a causa de la potencia de sus músculos, que vestía una camisa negra, unos pantalones grises y botas tejanas de color.

Por el dibujo desdeñoso de sus labios, por el brillo de sus ojos, por la postura insolente con que se apoyaba en la jamba, resultaba fácil reconocer en él al pistolero profesional que nada teme, que está acostumbrado a patear a los hombres y a tratar a las mujeres como si fueran ganado, a pesar de lo cual le gusta que éstas le mimen.

Bastaba una mirada para darse cuenta de todo eso, y Norma, que no era tonta, lo captó en un solo instante.

Sus labios volvieron a temblar.

—No esperabais que os encontráramos tan pronto, ¿verdad? —preguntó el hombre.

Se apartó un poco y entonces fue posible ver que tras él venía otro de parecido aspecto. Eran, pues, dos los pistoleros y Norma sintió que el temblor espasmódico de sus labios se hacía más intenso.

A los dos los conocía Mac. Eran de los que habían estado en la oficina del *sheriff* horas antes, y por tanto, resultaba inútil cualquier disimulo con ellos.

El primero avanzó lentamente hacia el fondo de la habitación, sin quitar los ojos de Norma Key.

No había mirado ni un solo instante a Mac Jensen, y por eso éste no pudo prever lo que sucedería.

La mano del forajido voló al encuentro de su mentón y le cazó de tal modo, que le hizo rodar por tierra mientras sonaba un seco chasquido. El pistolero ni se molestó en mirarle, obrando con la naturalidad del que espanta una mosca. En el suelo, Mac Jensen se palpó el mentón, sin comprender bien aún lo que había sucedido.

El pistolero que venía detrás lanzó una carcajada.

—Le has cazado bien, Jimmie.

El primero ni siquiera volvió la cabeza.

—No tiene importancia. Era fácil.

—¿Qué vamos a hacer con él?

—Eso lo pensaremos luego.

El llamado Jimmie puso los dedos apoyados en los cintos canana y sonrió a la chica como si la viera por primera vez.

—¿Creías que éramos idiotas, no?

—Yo no creía nada. Sólo que sois una miserable pareja de asesinos. Eso es todo.

—¿Y tú? ¿Qué creías tú?

Ahora Jimmie miraba a Mac, todavía caído en el suelo.

—Creí que os había despistado —dijo éste, con franqueza.

—¿Pero tú eres un niño o qué? ¿Tan tontos nos suponías?

—No suponía nada.

—Me pareces demasiado inocente para estar en el Oeste —dijo Jimmie desdeñosamente, sin sacar los pulgares del cinturón—. Nos dimos cuenta enseguida de que nos engañabas.

—¿Sí?

—Sí. Claro que sí, pichón. Te buscamos por todo el pueblo, en unión de nuestros compañeros, pero uno se quedó cerca de la oficina del *sheriff*. Poco después, os vimos salir a ti y a la paloma. Hubiera sido muy fácil echaros el guante, pero preferimos saber dónde teníais el nido.

Mac susurró:

—¿Y ahora ya lo sabéis?

—Ahora vamos a llevarnos a la chica.

Su compañero gritó en aquel momento:

—¡Eh, Jimmie!

Norma, dándose cuenta de que estaba perdida, había lanzado una banqueta contra la cabeza de Jimmie. Éste se inclinó, tratando de esquivarla, pero no lo consiguió del todo.

La banqueta se partió parcialmente sobre su cabeza, a pesar de lo cual el pistolero no hizo un solo gesto de dolor.

Simplemente lanzó una carcajada, mientras miraba a Norma Key con ojos llameantes.

La agresividad de la muchacha parecía haberle excitado. El verla allí semidesnuda, con las mejillas enrojecidas por la indignación, con el busto palpitante, parecía despertar en él ideas secretas que hasta entonces no había concebido.

Su compañero lo notó.

—Cuidado, Jimmie…

—¿De qué he de tener cuidado?

—Ella pertenece al patrón, no lo olvides. Y la quiere entera.

—Cheney nunca sabrá nada.

El otro se mordió los labios.

—No debiste haber pronunciado ese nombre.

—¿Por qué?

—Por lo que tú sabes. Él dijo que no le mezcláramos en esto.

—¿Y eso qué importancia tiene? —preguntó Jimmie, mientras lanzaba una carcajada—. ¿Quién crees que va a decirlo? Ella bien se enterará cuando Cheney le rodee la cintura con sus brazos. Y en cuanto a ése, ¿es que piensas que va a salir vivo de aquí?

Dirigió una mirada de soslayo a Mac, que aún no se había levantado del suelo.

Y de pronto, parpadeó.

—Oye, ¿a ti qué te pasa?

Era extraña la sensación de vacío que daban aquellos ojos. La sensación de que detrás de ellos no había nada, sino un cerebro en blanco. Eran como los ojos de un niño y, sin embargo, producían como un escalofrío.

Y eso fue lo que Jimmie sintió: un escalofrío.

Lanzó una nueva carcajada, intentando eliminar aquella sensación inexplicable y absurda.

Pensó en cómo mataría a aquel tipo. ¿Con un disparo, igual que se mata a un perro? ¿O de un tajo en la garganta, lo cual resultaría mucho más divertido?

Optó por esta última solución, e incluso llevó la mano derecha al puñal que pendía de su cintura.

Pero no había prisa. Primero besaría a la chica y la acariciaría un poco. Cheney no sabría nada. Nunca sabría que había sido él, Jimmie, el primer hombre en besar a la orgullosa hija del juez de Wolson.

Se acercó lentamente a ella.

Sus espuelas resonaban quedamente en el silencio de la casa, como una música íntima y al propio tiempo canalla.

Norma Key se pegó contra la pared, clavando materialmente en ella su espalda, sabiendo que no podía retroceder ya más.

Sus ojos desencajados vieron la boca del pistolero, vieron las

manos ansiosas tenderse hacia ella.

A estas horas tendría que estar con su esposo, después de dar un abrazo de despedida a su padre, y tendría que sentir en sus labios los besos del hombre al cual se había unido para siempre.

En lugar de eso iba a ser besada por un pistolero, ultrajada tal vez, y luego llevada al rancho de Cheney, donde el porvenir que le esperaba sería peor que el de una esclava negra.

Gimió:

—No…

Pero sabía que era inútil. El pistolero llevaba la fiebre en sus ojos. En estos momentos se dejaría arrancar la piel antes que renunciar al capricho de besarla.

Miró a Mac Jensen, que no se había movido del suelo y se tocaba aún la barbilla dolorida.

Y pensó lo mismo que había pensado Jimmie:

«En sus ojos hay algo que produce miedo, pero da la sensación de que no piensa en nada. De que su cerebro es como el de un niño».

Las manos de Jimmie la ciñeron por la cintura. Su boca buscó con ansiedad los turgentes labios.

Y entonces, Norma Key, en su desesperación, volvió la cabeza. Y vio aquel cuchillo oxidado que había en la repisa de la chimenea, al alcance de su mano. Dios sabría los años que llevaba allí. Era un arma vieja y medio inútil, pero quizá serviría para matar.

No sirvió.

Jimmie, que era zorro viejo, había visto el cuchillo antes que ella. Y cuando Norma tendió la mano hacia el arma, él sujetó su muñeca y se la retorció hasta que la muchacha tuvo que soltar la hoja de acero.

—¡Vuelve a hacer algo para defenderte, preciosa! ¡Así estás mucho más bonita aún!

El cuchillo salió despedido hacia el centro de la habitación, a mitad del camino entre Mac y el otro pistolero.

—¡No lo toque! —gimió Norma—. ¡No intente defenderme! ¡Sería peor aún!

Tuvo que callar, porque el forajido besaba ya su boca.

Los ojos de Mac Jensen brillaron entonces mirando el cuchillo, pero dio la sensación de que no era a causa de la escena que estaba

presenciando. Fue como si a ellos acudiera el recuerdo de alguna escena anterior, de un hecho vivido mucho tiempo atrás y enterrado para siempre entre las brumas del pasado.

¿Para siempre?

En los ojos de Mac hubo un brillo selvático, atroz, que duró sólo unos segundos.

Luego se lanzó hacia adelante.

CAPÍTULO VIII

Fue extraña la forma cómo empuñó el cuchillo. Produjo un escalofrío ver la facilidad con que volteó la hoja, con la que encaró hacia su primer enemigo.

Y, sin embargo, eran sólo sus manos las que actuaban así. Él parecía estar pensando en otra cosa.

Jimmie se dio cuenta de que aquel tipo había empuñado un arma, pero no dio la menor importancia al hecho.

Susurró, dejando por unos segundos de besar a la chica:

—Liquídalo tú mismo, Johnny.

—*Okey*.

Se oyó un estertor. Luego un ruido ronco y el gorgoteo angustioso de la sangre.

Jimmie comentó:

—Diablo, sí que has acabado pronto.

—Muy pronto.

No era la voz de Johnny. No era su modo de hablar. Jimmie se volvió, pálido como la misma muerte.

Y vio al hombre allí, en el centro de la habitación, empuñando el cuchillo tinto en sangre, mientras Johnny se llevaba inútilmente las manos a la espantosa brecha de su cuello, por donde se le escapaba la vida.

Lo habían degollado como a una res.

Jimmie lanzó una maldición y quiso sacar el revólver, pero ni para eso tuvo tiempo.

El cuchillo pareció volar hacia él, conducido por la mano de un gigante. Sintió el frío en la garganta, en sus nervios, en todo su ser. Lanzó un estertor al darse cuenta de que estaba bebiendo su propia sangre.

Y Mac ni siquiera le arrancó el cuchillo. Se lo dejó clavado allí, mientras se contemplaba las manos.

Norma Key le miró desde su rincón, pálida, atónita, rígida como una muerta.

—Mac —susurró—. ¿Quién eres en realidad? ¿Es Mac Jensen tu verdadero nombre? ¿De dónde has venido?

CAPÍTULO IX

El hombre se levantó por la mañana apenas había amanecido. Descendió desde el piso superior, asiéndose con fuerza al pasamanos, para no sentir vértigo.

Vio que una muchacha rubia y muy bonita, quizá la hija del dueño, estaba trabajando ya. Limpiaba los vasos y todos los desperdicios que sobre el mostrador se habían acumulado la noche pasada. Al oír al hombre, levantó la mirada hacia él.

Y se encontró con aquellos ojos fríos, crueles, impasibles, para los que ni la vida ni la muerte parecía tener importancia. Sin saber por qué, tuvo un leve estremecimiento.

—Buenos días —dijo, con suavidad.

—Buenos días, señorita.

—No creí que fuera a levantarse tan temprano. ¿Quiere desayunar?

—Está bien, gracias.

—Tengo leche recién ordeñada y un poco de café. También hay una hogaza de pan recién sacada del horno y mantequilla fresca. ¿Le apetece?

—Es usted muy amable.

El hombre comió sin demasiado apetito. Se le veía preocupado, absorto en sus pensamientos, y no dijo una sola palabra, a pesar de notar que la chica había dejado su trabajo y estaba con los ojos clavados en él.

Pero al fin aquella silenciosa contemplación se hizo tan notable, que el hombre levantó la cabeza.

—¿Por qué me mira, señorita?

Ella le dijo, sin rodeos:

—¿Fue usted el que mató anoche a un hombre?

—Si se refiere al tipo que estaba a punto de ultrajar a una bailarina, sí, fui yo.

—Me refiero al tipo que no había tenido tiempo de sacar su revólver. Es decir, que no llevaba ni siquiera los cintos puestos.

—¡Vaya! Veo que aquí les es difícil perdonar ciertas cosas.

—Yo no le pido explicaciones —susurró ella, volviendo a su trabajo—. Sólo sentía curiosidad por saber si había sido usted.

—Tampoco yo voy a darle explicaciones —dijo él, con suavidad —. Realmente hay cosas que no pueden explicarse. Vi que aquel hombre estaba cometiendo un acto ilegal y le maté. Eso es todo.

—¿No pudo haberle detenido?

—Soy un federal, y me han educado en el respeto fanático a la ley. Debo disparar primero y preguntar después; ése es mi lema.

—Por fortuna, no todos los agentes federales lo tienen. De lo contrario, ya no quedarían habitantes en muchos sitios del Oeste.

El hombre terminó su vaso de leche.

—Lo comprendo, pero yo soy así. ¿Era amigo suyo aquel tipo? ¿La pretendía tal vez?

—No lo había visto nunca, señor…

—Duncan. Me llamo Duncan.

—Pues digo que no había visto nunca a aquel hombre, pero me impresionó contemplar su cadáver desde la ventana, cuando lo sacaron de aquí. ¿A qué ha venido a la ciudad, señor Duncan?

Él dijo sencillamente, sin mirarla:

—A casarme.

—¿A casarse?

—Sí. ¿Tiene algo de raro?

—No parece usted el hombre que se dispone a prepararse para su viaje de bodas, desde luego. Tiene más bien el aspecto de un federal rabioso que va detrás de un asesino también rabioso.

—Es que da la casualidad de que se han juntado las dos cosas. Parece que en Wolson se oculta también el asesino que voy buscando.

—¿Un asesino?

—Exacto.

Ella echó la cabeza hacia atrás, mientras entornaba los ojos con un gesto de inquietud.

—Nunca habíamos sabido que hubiera asesinos por nuestra

comarca —dijo—. ¿Quién es?

Duncan, sin mirarla, dejó un par de dólares sobre la mesa, para pagar el desayuno y la habitación.

—Un tipo que asesinó a una mujer —dijo sencillamente—. Un tipo que está esperando la ocasión de asesinar a otra.

CAPÍTULO X

Cheney estaba rojo de indignación. Las palabras no surgían de sus labios sino a borbotones, y a cada momento crispaba las manos delante de sus ojos inyectados en sangre.

—Pero ¿es posible que en una ciudad pequeña como Wolson haya podido desaparecer una chica que, además, es una escultura viviente? ¿Y qué ha sido de Jimmie y Johnny? ¿Y de Fergurson?

El más antiguo de los hombres que le quedaban, un pistolero llamado Clyde, susurró:

—Están muertos.

—¿Habéis visto sus cadáveres?

—El de Fergurson lo vio todo el mundo, porque fue baleado en el *saloon* Semiramis, que es el más importante de la ciudad. En cuanto a los de Johnny y Jimmie, han aparecido esta mañana entre un montón de basura que había a la entrada de Wolson.

Cheney pestañeó dos veces, como si no pudiera dar crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Cómo los habían matado?

—Degollados.

—¡Eso no es posible! ¡Jimmie, sobre todo, era un as! ¡Era un cuchillero invencible!

—Pues debió encontrar a alguien que resultó más invencible que él.

Cheney se dejó caer en una de las butacas y bebió un largo trago de *whisky*. Luego miró uno a uno a los siete hombres que le quedaban, hasta detener sus ojos en Clyde.

—¿Qué explicación dais a esto?

—Lo primero que creemos es que esas muertes no están ligadas una con la otra.

—¿No?

—No. A Fergurson lo mató un federal que acababa de llegar a la ciudad no sé para qué. Ya he pedido informes sobre él. Se llama Duncan, pero en todas partes le conocen mejor por Míster Plomo. Es uno de esos fulanos que han adquirido fama baleando gente y vaciando ciudades donde se había cometido la más pequeña infracción. Aseguran que las muescas que hay en sus revólveres ya no caben materialmente en ellos.

Cheney entornó los párpados, y en sus ojos hubo como un chisporroteo de odio y de temor a un tiempo.

—He oído hablar de Duncan. He oído hablar mucho —farfulló—. ¿Es posible que haya venido por lo nuestro?

—No me parece fácil, jefe. Más bien tengo la impresión de que Fergurson le entró por el ojo izquierdo. Cuando Duncan puso los pies en el Semiramis, Fergurson estaba a punto de comerse a una bailarina. Tuvieron un cambio de palabras de menos de medio minuto y enseguida Duncan le liquidó, pero sin saber exactamente quién era. Al menos ésa es la impresión que sacó la gente. Yo creo que Duncan ha venido aquí por otra cosa.

—Eso me tranquiliza, porque es un enemigo a quien no nos conviene provocar. ¿Qué hay de los otros?

—Los otros —siguió diciendo Clyde—, debieron encontrar al fin el paradero de Norma Key.

—¿Y…?

—Y Norma Key debe de estar con alguien que sabe defenderla. Un tipo que sin duda maneja el cuchillo como los mismos demonios.

—Mejor que Jimmie… Manejar el cuchillo todavía mejor que Jimmie. ¿Es posible?

—Las pruebas están a la vista, Cheney.

Cheney se llevó la mano derecha a los ojos, concentrándose, mientras intentaba recordar.

—Un tipo que maneja el cuchillo como un auténtico demonio. ¿Quién es? ¿Dónde lo he oído nombrar yo? —Se retiró la mano de los ojos, mientras en éstos brillaba una expresión recelosa—. ¿Cómo diablos se llamaba aquel tipo que con el cuchillo en la mano adquirió fama de asesino en todo el Oeste?

Mac se estaba lavando en el pozo contiguo a la casa, cuando ella

apareció en la puerta.

Norma, por lo visto, se había lavado antes de que él despertara. Iba perfectamente vestida, con ropas que debieron pertenecer a la esposa del anterior maestro, y que le sentaban como hechas a la medida, aunque quizá algo justas a causa de las exuberantes formas de la joven. Sus cabellos estaban bien peinados y recogidos en un suave moño sobre la nuca.

Miró al hombre, que iba desnudo de medio cuerpo para arriba. Advirtió la potencia de sus músculos, la amplitud de su pecho y el tamaño de sus puños, que parecían haber sido hechos para pelear.

Se dio cuenta también del vacío que seguía habiendo en aquellos ojos.

—Celebro que no te fueras anoche —dijo él—. Cuando fui a dejar los cadáveres, observé que la ciudad estaba muy revolucionada.

—¿Cómo pudiste con dos muertos a cuestas? —susurró ella.

—No sé. No me pesaron mucho, después de todo.

—¿Qué eras antes? ¿Leñador? ¿Acaso uno de esos tipos que empiezan a descollar por las ciudades y que se llaman boxeadores? Tienes unos músculos como quizá no he visto otros en mi vida.

El hombre no se sintió halagado por aquellas palabras, porque comprendió que Norma no hacía aquellos comentarios con admiración, sino más bien con un poco de pena, al darse cuenta de que aquella musculatura, al fin y al cabo, no servía más que para la violencia.

Además, daba la sensación de que el hombre estaba pensando en otra cosa.

—¿Qué eras? —insistió Norma.

Él no contestó.

—¿Por qué no me respondes? ¿Eras acaso verdugo? ¿O te dedicabas a cortar las cabezas de la gente?

—No puedo decir lo que era —musitó él.

—¿No puedes decirlo? ¿Por qué?

Mac, que ya había terminado de lavarse, se vistió la camisa lentamente, sin mirarla a ella.

En ese momento oyeron aquella cancioncita. Era una melodía que parecía surgir del mismo bosque, junto al cual estaban. Mac tardó en advertir que el que la silbaba era un muchacho que llevaba

un caballo a herrar. El muchachuelo ni siquiera les había visto.

Norma susurró:

—¿Qué te pasa?

—Esa canción…

—Es una canción muy popular en todo el Medio Oeste. Seguro que la has silbado alguna vez. Y además, es una canción muy tonta.

Con voz apenas audible, la muchacha se puso a entonar:

Yo tenía un viejo amor,
un amor en una pequeña ciudad del Oeste.
Antes visitaba a mi amor.
Y ahora sólo visito una tumba, siempre la misma…

Mac susurró:

—Es una canción muy triste.

—¿No la recordabas?

—Precisamente al oírsela silbar al muchacho me ha parecido…

—¿Te ha parecido recordarla? Pero eso es absurdo. Seguro que has tenido que entonarla alguna vez. En todos los *saloons* se hizo famosa. A pesar de que es una canción sentimental, la gente de mal gusto la canta entre risotadas. Tú quizá tal vez…

—Yo no la recordaba —dijo Mac—. Hasta ahora…

—Pero ¿qué clase de hombre eres? ¿De dónde has salido?

Mac no contestó tampoco. Parecía hundido en sí mismo y como oculto tras el vacío de sus ojos.

Sin esperar una respuesta que ya no llegaría, la muchacha se anudó al cuello un pañuelo negro.

—Voy a la ciudad —dijo.

—¿A la ciudad?

—Sin duda hoy entierran a mi padre. Tengo que asistir.

—Pero te has vuelto loca…

—¿Loca por qué? ¿Voy a permitir que a mi padre lo entierren solo, como enterrarían a un perro?

—Los tipos que te perseguían…

—Aquellos tipos se habrán marchado ya.

—¿Tú qué sabes? Parecían tener mucho interés en encontrarte. Y ahora que sabes quién es su jefe, te has convertido en demasiado

peligrosa para ellos. No cejarán hasta matarte.

—Cheney es un criminal, pero es también una serpiente. Lo cual quiere decir que ataca con prudencia.

—Esta vez se arriesgará.

Norma Key no le miró siquiera. Terminó de anudar su pañuelo, mientras se dirigía al camino que llevaba a la ciudad.

—Es una imprudencia —masculló Mac Jensen, como si hablara consigo mismo.

Ella se volvió apenas para decir:

—No es sólo por el entierro de mi padre, a pesar de ser eso tan grave. Es también por mi prometido. Seguro que ya ha llegado a Wolson.

CAPÍTULO XI

La pequeña iglesia estaba completamente llena de mujeres enlutadas y de hombres que se habían puesto sus mejores ropas para la ceremonia.

Sonaba una música suave, lenta, muy adecuada para el triste acto que allí se iba a celebrar.

Una música de réquiem.

A pesar de los extraños hechos que habían ocurrido en Wolson, y no obstante saber que podía ser peligroso asistir a los funerales del juez, ningún vecino más o menos honrado de la ciudad había dejado de acudir a la ceremonia.

Por eso la iglesia estaba llena, y por tal motivo todos los ojos permanecían fijos en el solemne ataúd donde yacía sin vida el cuerpo del juez. La tapa del ataúd estaba posada en tierra, y a todos les era posible contemplar el cadáver.

El sacerdote que iba a oficiar la ceremonia susurró:

—¿Cómo es que han traído sólo el cadáver del juez? ¿Por qué no celebramos también el oficio de difuntos por el alma del *sheriff*?

El presidente de la Junta de Vecinos, que era a quien había sido formulada la pregunta, repuso en voz muy baja:

—Todos rezaremos por él, pero hemos preferido darle sepultura antes, sin ninguna clase de ceremonia. Aparte de que el *sheriff* siempre había dicho que prefería un entierro sencillo, hemos pensado que la gente podría excitarse demasiado si llegaba a ver los dos cuerpos juntos. Hubiese podido producirse una especie de motín de indignación por esos asesinatos, y los motines siempre han estado de más en nuestra ciudad. Si exhibimos al juez solo, parece que la cosa sea menos importante.

El sacerdote se encogió de hombros con un gesto que era más

bien de desagrado.

—De todos modos, hubiese preferido que trajeran el cuerpo aquí, a la iglesia. Pero, ya que no lo han hecho, espero que al menos todos recen por él.

—Eso desde luego, padre.

La música se hizo más penetrante, más fuerte y solemne, y el oficio de difuntos comenzó.

Se produjo un instante de silencio cuando alguien más entró en la iglesia. Fue un silencio extraño, cargado de presagios. Todos los rostros se volvieron hacia el recién llegado.

El recién llegado era Cheney.

Vestía de riguroso luto, sin que le faltara un detalle, y llevaba con él a dos de sus guardaespaldas, escrupulosamente vestidos para la ocasión. Los tres, muy serios, se colocaron en una de las primeras filas, sombrero en mano y con actitud contrita.

Uno de los guardaespaldas susurró:

—Parece como si hubieran adivinado algo, jefe. Todo el mundo nos mira.

—No pueden haber adivinado nada, muchacho… Simplemente llamamos la atención. Yo soy el hombre más rico de la comarca y, además, vengo poco por la iglesia. Ése es motivo suficiente para que todos los papanatas de Wolson tengan los ojos clavados en mí.

—Sí, claro, patrón. Así debe ser.

—Vosotros debéis comportaros con la más absoluta naturalidad.

—Claro que sí, patrón.

El oficio religioso seguía con toda solemnidad, y los ojos de los asistentes se habían separado ya de la figura de Cheney para volver a clavarse en el cadáver del juez.

Todo el mundo parecía pensar lo mismo.

Que allí faltaba la persona que más obligación tenía de asistir al funeral: la propia hija del juez.

Nadie conocía aún la historia de lo sucedido, y por eso resultaba inexplicable, al parecer, la ausencia de Norma.

Sin embargo, ésta avanzaba en aquel momento por las calles de Wolson.

Avanzaba lenta y solemnemente, como si fuera a asistir en realidad a su propio funeral, intentando mantenerse serena, pese a sentir que las lágrimas quemaban el fondo de sus ojos.

Al verla pasar, todas las mujeres pensaban lo mismo:

—Esa desvergonzada… No lleva más detalle de luto que un pañuelo y hasta se ha puesto unas ropas muy ceñidas para llamar la atención. Pero está demasiado gorda.

Y todos los hombres pensaban también lo mismo:

«Esa chica está para merendársela. Se encuentra en su punto, la muy tunante. No le falta ni le sobra un gramo. Además, ¿cómo no se le habrá ocurrido antes la idea de ponerse unas ropas tan ceñidas? ¡Maldita sea!».

Pero entre todos los hombres que vieron pasar a Norma Key, hubo uno a quien llamó la atención de un modo especial.

Era Duncan, el federal.

Al verla, sintió que los ojos se le salían de las órbitas.

«Diantre, si es Norma —pensó—. ¿No habrá recibido ella la carta en que le anunciaba que iba a ir a la boda un día más tarde? Va vestida de un modo extraño. Y se dirige a la iglesia, seguramente para los funerales de su padre».

Se encajó bien los revólveres y salió a la calle.

«Es extraño lo de la carta —seguía pensando—. Yo le anunciaba que tenía un trabajo importantísimo y que deberíamos aplazar la boda un par de días. Tiene que haberla recibido».

Quiso la casualidad que en la calle encontrara al jefe de la oficina de Correos, el cual también se dirigía corriendo hacia la iglesia.

Duncan lo reconoció porque el hombre llevaba una gorra con el distintivo de su cargo.

—¿Es usted el encargado del correo?

—Y del telégrafo, señor.

—Soy el federal Duncan.

—Duncan, Duncan… Me suena ese nombre.

—Escribí una carta para la señorita Key. Debió haberla recibido ayer o anteayer. ¿O no ha sido así?

—Ya decía yo que me sonaba su nombre. Figura en el sobre como remitente. En efecto, la carta se recibió, pero con dos días de retraso sobre lo normal. En realidad, puede decirse que acabo de recibirla.

Duncan se puso rojo.

—¡Maldita sea!

—No se puede hacer nada, señor. Ya se sabe que las comunicaciones en el Oeste son de lo más inseguro.

—¡Es que esa carta decía nada menos que debía aplazar un par de días nuestra boda! ¡No sé qué habrá pensado de mí!

—Lo que dicen las cartas no es cuestión mía, señor. Yo sólo sé que se ha retrasado. Y ahora recuerdo que su nombre también me sonaba de otra cosa.

—¿De qué?

—Tiene usted una carta.

—¿Yo?

—También ha llegado junto con la otra. Y es de ésas que tienen historia, créame. Ha recorrido medio Oeste, de un sitio a otro, siguiéndole las huellas a usted. Debe de ser usted de esos tipos que viajan mucho, ¿no?

—Soy de esos fulanos que no paran dos días en el mismo sitio, efectivamente. Un día me dispararán en un sitio, me moriré en otro y me enterrarán en el de al lado.

—¿Quiere que le vaya a buscar enseguida la carta? Estoy muy dolido con lo que le ha ocurrido a usted.

—No tiene importancia. Lo que ahora me interesa más es hablar con mi prometida.

—Pero es que la carta tiene no sé cuántos sellos de urgencia.

—¡Le he dicho que ahora no tiene importancia!

El de Correos emprendió la retirada ante el mal talante del otro.

—Está bien, está bien, como usted quiera. Pero mi obligación es entregársela enseguida y lo haré lo antes posible.

A todo esto estaban llegando ya a la iglesia.

Ya al entrar, Duncan percibió en el aire un clima especial de las grandes solemnidades y se dio cuenta de que la solemnidad, en este caso, era la presencia de Norma Key. Todos los ojos estaban posados en la gentil figura de la muchacha, en su cuerpo joven y hermoso, en aquel rostro crispado que hacía desesperados esfuerzos por mantener la serenidad.

Duncan encajó las mandíbulas y sus facciones parecieron más que nunca talladas en piedra.

Intentó acercarse a la muchacha para hablar con ella, pero resultó inútil. La iglesia estaba demasiado llena. Se dijo entonces que convendría tener un poco de paciencia, ya que el oficio estaba a

punto de terminar.

El sacerdote se volvió para decir:

—El cuerpo de nuestro hermano difunto va a ser trasladado al cementerio de la localidad. Como es costumbre, el ataúd será cerrado en la sacristía. Ruego a cuatro ciudadanos honrados se sirvan trasladarlo allí.

El presidente de la Junta de Vecinos, el médico y un abogado se adelantaron. Pero el que corrió más fue Cheney.

—A mí también me corresponde ese honor.

Nadie pensó discutírselo, puesto que era el hombre más rico y temido de la comarca.

Entre los cuatro hombres levantaron cuidadosamente el ataúd y lo trasladaron a la sacristía, cerrando la puerta tras ellos.

Se produjo cierto movimiento de tumulto por parte de la multitud para dirigirse hacia la puerta.

Al parecer, todo el mundo quería salir al mismo tiempo para dirigirse al cementerio. Pero el sacerdote alzó ambos brazos, suplicando calma.

—Os ruego que no os mováis, hermanos. Aunque os parezca increíble, deseo que solamente la hija del juez Key y los cuatro ciudadanos que han transportado el ataúd a la sacristía vayan al cementerio.

La multitud se detuvo. Se produjo un murmullo de incredulidad.

—La razón de que yo os pida una cosa tan desacostumbrada es clara —continuó diciendo el sacerdote—. Todos ignoramos, hasta el momento, las extrañas causas que han podido motivar la muerte del *sheriff* y el juez Key, pero sin duda obedecen a una confabulación cuyo alcance no llegamos a ver en este trágico momento. Es por eso que ruego os abstengáis de ir al cementerio. Aparte del peligro que todo tumulto lleva en sí, podría ocurrir que los asesinos intentaran ampliar su hazaña matando a alguno de vosotros.

Muchos de los oyentes consideraron aquello como un desafío a su valor y sintieron aún más ganas de ir al camposanto, pero sus esposas les disuadieron. Se oyeron en voz baja frases tan dulces como:

—Si vas al cementerio, te prometo que de la paliza que te pego te llevan después allí, querido Peter.

—Tú da un solo paso y te juro que mañana cantamos tus

funerales.

—Pero ¿es que quieres dejar viuda a tu pobre mujercita, so canalla?

—Tú lo que quieres es ir al cementerio para ver bien a la hija de Key. Ya te daré yo en cuanto lleguemos a casa, so mirón. De la primera somanta te van a salir las costillas por las orejas.

Total, que al cementerio no fue nadie.

Sólo Norma Key se dirigió a la sacristía, en cuya puerta se encontraban Cheney y los otros tres hombres.

Cheney dirigió una ansiosa mirada a su cuerpo de diosa, a sus curvas turgentes, a sus labios.

La muchacha le miró también. Le miró desafiante. Y sólo con aquella mirada, Cheney se dio cuenta de que ella conocía su secreto.

Era preciso actuar. Actuar rápidamente antes de que fuera demasiado tarde.

La puerta de la sacristía estaba cerrada. El sacerdote preguntó:

—¿Ya está cerrado el ataúd?

—Sí, señor, todo listo. Ya hace rato que esperamos fuera —susurró el médico.

—Entonces, vamos allá.

Entraron en la sacristía, y los cuatro hombres cargaron el ataúd, saliendo a la calle por una puertecilla auxiliar. Obraban con cuidado, con esa ceremonia que casi siempre rodea a los muertos.

La calle estaba desierta. Era una calle lateral por la que se podía ir directamente al cementerio.

Duncan, que se encontraba pegado a la fachada, en la parte de la esquina, permanecía invisible para los que acababan de salir. Vio a su prometida detrás del ataúd, y sus ojos se humedecieron un momento. Pero sólo un momento.

Estaba muy bonita, infiernos.

Estaba tan bonita que valía la pena ir detrás del ataúd sólo por verla.

Un individuo vestido de vaquero se descolgó de una tapia y fue a seguir el cortejo a cierta distancia. Duncan lo fichó a la primera ojeada. Era Buntrop, un tipo a quien persiguió en otro tiempo. Un fulano muy astuto que siempre veía la manera de evadirse por entre las mallas de la ley.

¿Por qué tenía que ir al entierro un tipo como él?

¿Y por qué con tanto misterio?

Duncan encendió un cigarro.

Buntrop avanzó sigilosamente, pegado a la tapia de la cual acababa de descolgarse, detrás del cortejo. Pero cuando más tranquilo estaba, sintió que una garra de acero le sujetaba por el cuello de la camisa.

Intentó revolverse, y en ese momento le arrojaron por la espalda un cigarro encendido.

Fue entonces a lanzar un aullido de dolor, y ni eso pudo.

El que le había sujetado le clavó una espuela en una pierna, mientras le hacía volverse hacia él.

Y fue entonces cuando Buntrop volvió a ser el rostro pétreo del federal Duncan.

—Yo… yo… yo… —empezó a balbucir.

Duncan lo apretó brutalmente contra la pared de la tapia.

—Tú y yo tenemos que hablar, amiguito. Tienes que cantarme una canción muy dulce para que yo me duerma. Vas a estar cantando hasta que se te caigan los dientes, querido amigo, maldito hijo de perra.

Una vez la iglesia estuvo vacía y la única nave del templo recobró su tranquilidad habitual, el sacerdote se concentró en sí mismo, rezó unos instantes más y luego regresó a la sacristía, de donde el ataúd había sido sacado unos minutos antes.

—¡John! —llamó—. ¡John!

John era el sacristán. Habitualmente se trataba de un tipo listo como una ardilla y que acudía a los sitios antes de que lo llamaran, pero esta vez no apareció.

El sacerdote volvió a llamar:

—¡John!

Penetró del todo en la sacristía y miró detrás de unas cortinas que ocultaban un pequeño vestuario. El sacristán estaba allí.

O mejor dicho, no estaba.

El sacerdote, mortalmente pálido, susurró:

—¡Dios mío!

Densos nubarrones pesaban sobre el pequeño cementerio de Wolson. La atmósfera parecía cargada de electricidad, como si de

un momento a otro fuese a descargar la tormenta.

Las figuras que estaban situadas ante la fosa parecían borrosas, eran como sombras o lejanos fantasmas.

El sepulturero, que había terminado la mitad de su tarea al abrir la fosa, se restañó el sudor que empapaba su frente.

Norma Key permanecía quieta ante el ataúd. Detrás de ella se encontraban los cuatro únicos acompañantes. El más cercano de ellos era Cheney, que la devoraba con los ojos.

El sepulturero susurró:

—¿Quiere ver a su padre por última vez, señorita?

—Creo que… que sí.

—Con su permiso, señorita.

El sepulturero guardó el pañuelo. Se acercó al ataúd y manejó los cierres con mano hábil.

Alzó la tapa.

Y en aquel momento se oyó un grito de sorpresa, de indignación y de horror.

Porque dentro del ataúd no estaba el cadáver del juez Key.

Estaba, por el contrario, el cuerpo de un hombre vivo, un tipo que se puso en pie repentinamente, con un «Colt» en cada mano.

Un hombre que aulló:

—¡Quietos todos! ¡Sólo quiero que mováis las manos! ¡Las manos arriba!

CAPÍTULO XII

Todos se inmovilizaron. La sorpresa les agarrotó de tal modo los músculos que durante unos segundos parecieron haberse convertido en estatuas.

El más asombrado pareció el mismo Cheney.

Supo fingir tan bien, que nadie hubiera supuesto en él la menor participación en aquel asunto. Incluso hizo gesto de ir a abalanzarse contra el tipo que había surgido del interior del ataúd, pero éste le inmovilizó con un disparo a los pies.

Fue un disparo cuidadosamente calculado para no producir el menor daño, pero a todos les dio la sensación de que la vida de Cheney había corrido un grave peligro. Incluso la misma Norma pensó si no estaría equivocada y si él no sería inocente.

Lanzó un grito, mientras se tapaba los ojos.

Cheney farfulló:

—¡Maldito cobarde, si no llevaras dos revólveres, te juro que…!

—¡Cállese, si no quiere morir, imbécil! ¡La única que me interesa es la chica!

Cheney farfulló, con perfecta expresión de asombro:

—¿La chica?

—¡Sí, sólo ella! ¡Adelanta un paso, Norma! ¡Aprisa!

Norma estaba tan aturdida que obedeció.

Cheney intentó sujetarla. Sus manos temblaron ansiosas al tocar la suave piel de la muchacha, pero supo disimularlo.

—No le haga caso, no se mueva —suplicó—. ¡Ese buitre no se atreverá a matarnos a todos!

El abogado fue a proteger a la muchacha también, pero esta vez el hombre del ataúd disparó con más precisión. De un solo balazo voló la cabeza del hombre.

Cheney retrocedió como si le hubiera picado una serpiente de cascabel.

—¡Haré lo mismo con todos! —gritó el pistolero—. ¡Que la chica adelante otro paso! Los demás…, ¡fuera!

El médico y el presidente de la Junta de Vecinos retrocedieron mientras miraban como hipnotizados el cadáver de su compañero.

—Ahora lo comprendo todo —susurró el médico.

—¿Qué es lo que comprendes? —preguntó el pistolero, saliendo del ataúd.

—Tú debías estar aguardando dentro cuando nosotros penetramos con el cadáver del juez. No te costó mucho trabajo, al dejar nosotros solo el ataúd, golpear al sacristán o quizá asesinarle, sacando el cuerpo del juez y ocupando tú su puesto. Estoy seguro de que detrás de las cortinillas que hay en la sacristía encontraríamos algo que nos dejaría helados de horror.

—Aciertas —masculló el pistolero—. Premio para ti. Y ahora, ¡lárgate!

Los tres hombres echaron a correr por entre las cruces y las lápidas, mientras la muchacha quedaba quieta, rígida, sola ante su destino.

El pistolero musitó:

—Ven…

Su izquierda tembló ansiosamente al palpar el suave brazo de la muchacha. Tenía envidia de Cheney, no podía remediarlo. Pero órdenes eran órdenes, y él tenía que conservar aquella maravilla para su jefe.

—Ven…

Dos hombres armados de rifles aparecieron como por encanto detrás de unos cercanos árboles. Cada uno de ellos llevaba un caballo, de cuya brida tiraba.

—¡Vamos! ¡Aprisa!

El que acababa de salir del ataúd dio una patada a éste y acabó de hundirlo en la fosa. Los otros dos sujetaron a Norma uno por cada brazo.

—¡A caballo!

—¿Adonde me lleváis? ¿Al rancho Cheney?

La miraron con estupor.

—Sabes demasiado, muñeca. Pero pronto perderás la memoria.

¡Y pronto lamentarás haber nacido tan bonita!

La empujaron hacia la silla. Los dos pugnaron por aprovecharse de la situación, mientras la obligaban a encaramarse al caballo. Por unos instantes pareció como si por una especie de milagro, aquellos tipos tuviesen quince manos cada uno.

Desde una distancia de cincuenta yardas alguien les estaba mirando, pero ellos no se dieron cuenta.

Era un hombre que tenía un vacío espantoso en los ojos, un hombre en cuyo rostro crispado no había la menor expresión.

Miraba el ataúd. Miraba la fosa, que parecía recordarle algo. Sus ojos no se apartaban de aquel pequeño hueco y del cadáver contorsionado que había junto a él.

Todo aquello parecía recordarle algo, algo muy lejano, pero que estaba en las mismas raíces de su vida.

De pronto, oyó el grito de la mujer.

Un grito que era más bien un sollozo, una queja, una inútil súplica.

En el cerebro de la muchacha martilleaba la frase: «Lamentarás haber nacido tan bonita…»

Se daba cuenta de qué era lo que le esperaba al llegar al rancho Cheney, a pesar de lo cual, lo único que hizo fue emitir aquella débil queja. Sabía que todo era inútil.

El hombre que la había escuchado, y que no era sino Mac Jensen, se movió con rapidez. Un brillo nuevo había aparecido en sus ojos. Pareció como si durante unos minutos sus manos se movieran con completa independencia de su voluntad.

Entre sus dedos brilló la hoja de un cuchillo. A pesar de la distancia demasiado larga —casi cincuenta yardas—, el hombre no pareció vacilar. Con un gesto mecánico, instintivo, que parecía ensayado mil veces, arrojó el arma a través del aire.

Uno de los pistoleros de Cheney ya había montado en la silla junto a la muchacha. El otro se disponía a saltar sobre su caballo.

Fue éste el que recibió la propina.

La hoja de acero se clavó hasta las cachas en su espalda, produciéndole al principio como un cosquilleo. Luego, el dolor subió como un pinchazo hasta el fondo mismo de su cráneo. Elevó las manos al aire y, con un sordo gemido, cayó de espaldas a tierra, terminando de clavarse el cuchillo hasta el último milímetro de

hoja.

El otro volvió la cabeza y vio a Mac a aquella distancia. En el primer momento le pareció imposible que hubiera lanzado el cuchillo y conseguido acertar.

Debía tratarse de un verdadero diablo.

Extrajo el revólver y tiró dos veces, pero ya con el miedo clavado en el cuerpo. Además, sabía que su trabajo esencial consistía en llevar a la chica al rancho Cheney, no en matar a nadie. De modo que clavó espuelas y salió disparado de allí.

Un pensamiento cruzó fugazmente el cerebro de Norma Key:

«De modo que me ha seguido… De modo que se ha jugado dos veces la vida por mí…»

Pero en aquel momento todos sus pensamientos se nublaron. El pistolero que la llevaba presa acababa de golpearla en la nuca para que no molestase.

CAPÍTULO XIII

El pistolero que había estado dentro del ataúd regresaba en aquel momento a Wolson. Ya había terminado la primera parte de su trabajo, y ahora tenía otras dos cosas que hacer.

La primera consistía en tratar de averiguar disimuladamente qué ambiente había por la ciudad después de los últimos sucesos. La segunda, alejarse dando un largo rodeo y volver al rancho Cheney antes de la noche, cuando estuviera seguro de no ser seguido por nadie.

La única precaución que debía adoptar era procurar que no le viesen ni el médico ni el presidente de la Junta de Vecinos. Ninguna otra persona del pueblo tenía derecho a sospechar de él.

El hombre que había de servirle de enlace era otro pistolero que aguardaría a la entrada de Wolson, situado cerca de una tapia tras la que antes había permanecido oculto.

Y, en efecto, lo vio.

El pistolero estaba allí.

Lo único que ocurría era que no se sostenía en pie, sino en el aire. Estaba colgando de una soga.

Junto a él, un fulano cuya cara parecía tallada en piedra estaba fumando un cigarro tranquilamente.

El pistolero se quedó tan petrificado, tan boquiabierto que por unos momentos pareció una estatua. El único movimiento que se apreciaba en él era el temblor de sus rodillas.

El fulano de la cara de piedra exhaló lentamente otra bocanada de humo.

—Eh, tú, ven —gruñó.

El forajido estuvo a punto de echar mano a sus revólveres, pero no se atrevió a hacerlo en el primer momento, porque no le

gustaban los ojos asesinos del tipo a quien tenía enfrente. Prefirió esperar una ocasión.

—¿Qué quiere? —preguntó estúpidamente.

—Hablar contigo.

—¿De qué?

—¿No me conoces?

—Pues creo que no…

—Soy Duncan, el federal.

—¿Y quiere hablar conmigo?

El forajido se dio cuenta de que su oponente parecía distraerse. Lenta y sigilosamente fue acercando sus manos a las culatas de los revólveres.

—Quiero hablar contigo porque tú eres amigo de éste —dijo, señalando al ahorcado.

—¿Yo?

—Hay una cosa que no ha tenido en cuenta el idiota de vuestro jefe. Por lo visto, las fundas pistoleras de todos sus hombres las compra al por mayor. Las tuyas son iguales que las de ése.

—Sólo por eso no hay motivo para…

Iba a jugárselo todo a una carta, sacando los revólveres cuando más distraído parecía estar su oponente; pero en ese momento, el jefe de la oficina de Correos apareció doblando la esquina.

Quedó petrificado al ver aquello.

—¡Señor Duncan…!

—Hola, ¿qué tal? ¿Me trae la carta?

—La de su prometida he ido a entregarla, pero la señorita Key ha desaparecido. Y en cuanto a la que viene dirigida a usted, la iré a buscar enseguida, pero… pero ¿puede saberse qué significa esto?

Duncan se llevó otra vez el cigarro a la boca.

—Verá… Ese amigo —señaló al ahorcado—, y yo, estábamos discutiendo. Yo le interrogaba y se me ocurrió convencerle para que hablase.

—¿Y…?

—Y se me fue la mano.

La tranquilidad de Duncan dejó atónito al de Correos, quien tenía la boca cómicamente abierta.

—¿Usted lo… lo ha ahorcado?

—Era un pistolero a quien perseguí durante mucho tiempo. Ya

me estaba fastidiando tanto jaleo.

—Entonces, la fama de cruel que usted tiene es cierta.

—Hombre, no me gusta que me alaben, pero algo de verdad hay en eso. Ahora bien, puedo garantizarle que siempre que cuelgo a alguien uso cuerdas de primera calidad. Vea ésta, por ejemplo. Limpia, reluciente y recién estrenada. Por cierto que este cigarro tira la mar de bien, después de lo que ha pasado con él.

El de Correos tenía la boca cada vez más abierta.

—¿Qué…, qué ha pasado con él?

—Le he metido el cigarro por debajo de la camisa para que el tío bailase un rato, pero a pesar de todos sus esfuerzos no ha conseguido apagarlo. Lo dicho: Este cigarro es estupendo. Siempre usaré esta marca.

—¿Qué…, qué clase de hombre es usted, señor Duncan?

—Sólo soy un federal. Claro que, según se dice, resulto el federal más implacable de Estados Unidos.

Parecía que Duncan no miraba a ninguna parte. Parecía tan ausente de todo como el día en que nació. Y ése fue el momento que el forajido aprovechó para pasar a la acción.

Silenciosamente, llegó a empuñar los revólveres.

Duncan no le miraba.

Tiró de ellos.

Duncan movió la pierna izquierda y le dio un terrible puntapié en el plexo solar, enviándole por tierra antes de que pudiera sacar los revólveres del todo.

Luego disparó.

Disparó a través de la funda, sin inmutarse, volando al primer disparo la cabeza del forajido.

El de Correos no pudo evitar lanzar una imprecación. Jamás había visto nada como aquello.

—Esto es…, es…

—¿Qué es, amigo?

—No me ha gustado lo que ha hecho. El tipo ése ya estaba en el suelo y con los revólveres desviados. Lo ha liquidado como a un perro.

Las facciones de Duncan se endurecieron aún más.

—Era un perro —dijo sordamente—. ¿Quiere usted convencerse? ¿Quiere seguirle hasta el Más Allá, para darse cuenta

de cómo ladra?

—Si me mata, señor Duncan, ¿quién cuernos le entregará la carta?

Duncan pareció considerar que aquella razón era de mucho peso.

—Cierto —gruñó—, cierto. Me ha convencido, amigo. Guardaré mis revólveres.

Fue en ese momento cuando vieron aparecer a otro hombre en el extremo opuesto de la calle.

Aquel otro hombre también era alto, cuadrado, fuerte como un toro, y cualquiera hubiese podido reconocer en él a Mac Jensen.

Sobre todo Duncan. Ése sí que lo reconoció enseguida.

Puso los brazos en jarras y susurró, entornando los ojos:

—Vaya… Esto sí que me ahorra trabajo. Ya viene aquí ese angelito para hacer compañía al ahorcado…

Capítulo XIV

Mac Jansen avanzaba a lo largo de la calle, por el centro de ésta. Su rostro seguía carente de expresión, y en sus ojos palpitaba aún el mismo vacío que cuando llegó a Wolson.

Vio a los dos hombres muertos, pero no le llamaron la atención. Tampoco pareció reparar en los dos vivos.

Daba la sensación de estar pensando en otra cosa, en algo que ocupaba su mente por completo.

Duncan puso los pulgares descansando sobre los cintos canana y musitó con una sonrisa:

—Vaya. De modo que el angelito viene…

Situándose más en el centro de la calle, de forma que Mac tuviera casi que rozarle al pasar, le espetó:

—¿Adónde vas, buitre?

Mac pasó por alto el insulto.

—A una armería.

—¿Sí? ¿Y a qué?

—A comprar un rifle.

—De modo que un rifle…

La actitud de Duncan era claramente burlona, pero el otro siguió ignorándola.

—Lo necesito para un «trabajo» —susurró Mac—. He de seguir tras las huellas de un jinete.

—¿Y lo vas a seguir con un rifle? Yo creí que tu especialidad era el cuchillo.

Mac Jensen palideció un instante, pero se limitó a decir:

—Déjeme pasar.

—¿Dejarte pasar? ¿Es que crees que voy a hacerlo después de haberte buscado por todo el Oeste?

—¿Usted a mí?

Duncan abrió mucho la boca, transformando su sonrisa en una mueca de asombro.

—¿Es que no me conoces?

—No le he visto nunca, señor.

Los dientes de Duncan crujieron. Pareció romperse de pronto el difícil equilibrio que había guardado hasta entonces. Sus nervios saltaron.

Movió el puño derecho y lo aplastó contra la mandíbula de Mac Jensen, que salió disparado, yendo a caer sobre el polvo, unas cinco yardas más allá.

Desde allí miró a Duncan, aturdido, como si no comprendiera. Y Duncan se fue acercando lentamente.

—¿De modo que no me conoces?

—Es la primera vez que le veo.

—¡Asesino!

El insulto hizo parpadear a Mac, que sin embargo, no se movió.

—¿Por qué asesino?

—¡Eso es lo que eres, hijo de perra!

—Pero…

—¡Levántate y lucha! ¡Voy a darte una oportunidad antes de colgarte como a ése! ¡Pero, levántate pronto, o te aplasto con mis propias botas!

Mac Jensen le miró. Vio las robustas piernas de Duncan, con las que seguramente podía atenazar a un hombre hasta ahogarle. Vio sus botas tejanas, que estaban muy cerca de su cara. Y vio las espuelas.

Los pedazos de metal de las espuelas hirieron sus ojos como si despidieran rayos de luz.

Mac se puso en pie lentamente, sin dejar de mirarlas.

La expresión de sus ojos había cambiado. Ahora había en ellos algo distinto. No estaban ya vacíos, y parecía como si su dueño hiciera desesperados esfuerzos por recordar algo, no sabía exactamente qué.

El mismo Duncan lo notó. Tuvo que preguntar:

—¿Qué te pasa?

—Esas espuelas…

—¿Qué ocurre con mis espuelas?

—Ellos también estaban cerca… Ellos también estaban así, rodeándome, y yo veía sus espuelas casi junto a mis ojos… Es como entonces… ¡Dios mío! Es como entonces…

—¿Qué es lo que ocurrió entonces?

—No puedo recordarlo bien, pero era algo así… Todos me rodeaban… No puedo precisar bien, pero era así…

—¿Pretendes burlarte de mí? ¿Quieres que te mate sin dejarte ninguna posibilidad de defensa?

Mac pareció no oírle. Daba la sensación de que sólo oía voces que llegaban del fondo de sí mismo del fondo de sus pensamientos.

—Parece que recuerdo algo… —musitó—. Siento lo mismo que sentí cuando oí aquella canción junto a la casa del maestro, o cuando hace poco he visto la sepultura abierta en el cementerio… Como si yo volviese a ser otro… Como si fuera el que siempre fui.

Duncan acarició las culatas de sus revólveres, mientras sus ojos le miraban cruelmente.

—Yo te diré quién eres —masculló.

—¿Es que de veras me has conocido en otro tiempo?

—Te he conocido como lo que eres. Como un miserable asesino.

—¿Un asesino?

—Veo que me estás haciendo perder la paciencia, Jensen, y que eso te divierte. Pero en cuanto me canse, te juro que te meto de dos balazos los ojos dentro de la cabeza. Tú mataste a Nancy, mi novia, y a mi primo Ross…

—¿Que yo… los maté?

—A cuchilladas.

El empleado de Correos, que estaba pálido como un muerto, empezó a retroceder mientras balbucía:

—Bueno, señores, será mejor que me retire para que ustedes puedan hablar con más comodidad. Yo… Yo…

Ni siquiera le oyeron.

Mac murmuró:

—¿Cómo pude matarlos? ¿Por qué?

—Nancy fue violada antes. Ross había intentado defenderla, pero no fue tan hábil como tú. El cuchillo que siempre llevas, le dejó sin garganta.

—Entonces, Nancy está…

Parecía vacilar. Duncan aulló:

—¡Está en el fondo de una tumba!

—Por eso aquella canción me recordó algo… —musitó Jensen—. Y por eso me lo recordó también aquella fosa en el cementerio. Pero los recuerdos eran algo que no podía precisar. Eran como sombras oscuras en el fondo de mis pensamientos. Eran como hijos de la noche que quisieran decirme algo…

—¿Y esos hijos de la noche no te han hecho recordar que tú mataste a Nancy después de… de…?

Parecía no atreverse a pronunciar la palabra. Mac preguntó directamente:

—¿Me has perseguido por eso, Duncan?

—Por todo el Oeste.

—Y supongo que tu idea es matarme.

—Te pones en razón. Parece que vas recordando algo, ¿no?

Mac denegó con la cabeza lentamente.

—A pesar de tus palabras, a pesar de esos «hijos de la noche» que me traen recuerdos, yo no he conocido jamás a una mujer llamada Nancy.

—¿Pretendes convertirme en una fiera salvaje haciéndome perder la poca paciencia que me queda? ¡Te voy a…!

—Insisto en que no he conocido a ninguna mujer llamada Nancy.

—Muy bien… —las facciones de Duncan se tensaron con una extraña y siniestra calma—. De todos modos, aunque pretendes defenderte y colocarte bajo el amparo de tu falta de memoria, el resultado va a ser el mismo. Dentro de unos minutos, serás un cadáver. Pero yo no mato a sangre fría. Voy a darte una oportunidad.

—¿Qué clase de oportunidad?

—Tú eres un auténtico demonio manejando el cuchillo. Yo, en cambio, manejo con más habilidad el revólver. El desafío será a cuchillo, para que no puedas pensar que te mato sin darte todas las ventajas.

—Y porque así me liquidarás del mismo modo que fueron liquidados Nancy y Ross, ¿verdad?

—¡Sí! —aulló Duncan—. ¡Por eso también! ¡Porque quiero que tú también pruebes el acero, porque quiero que te empapurres con la misma medicina que le diste a ellos!

Estaban solos en la calle, sin más compañía que la de los dos cadáveres. Ambos sabían que nadie iba a acudir a molestarles, y sabían también que el duelo acabaría con la muerte de uno de los dos.

Sin embargo, Mac susurró:

—No me opongo al duelo, Duncan, pero tendremos que dejarlo para más adelante. Voy a pedirte un aplazamiento.

Duncan lanzó una carcajada.

—¿Un aplazamiento para qué? ¿Para rezar tus oraciones?

—No para eso, pese a hacerme falta. Te lo pido para salvar a una mujer. Para salvar a una mujer que se llama Norma Key.

Duncan, el federal, hizo que temblaran sus dientes, mientras palidecía como un muerto.

CAPÍTULO XV

El hombre emitió un largo aullido, mientras se llevaba ambas manos al estómago, y cayó desde lo alto de la roca hasta el fondo del desfiladero.

Su cuerpo rebotó trágicamente en unos salientes y cuando llegó al fondo estaba convertido en una piltrafa sangrante.

Duncan comentó:

—Buen tiro, diablos.

Mac se limpió sobre la camisa la mano con la que acababa de lanzar el cuchillo y miró a lo lejos.

Ningún enemigo más sobre los peñascos. Nadie.

—No estaba habituado al cuchillo que acabas de prestarme —susurró—, y por eso el tiro no ha sido perfecto. Pero puedo hacerlo mucho mejor.

—¡Infiernos, pero si le has alcanzado a cincuenta yardas y cuando ya el tío nos había visto!

—De todos modos puedo hacerlo mejor —insistió.

Ambos miraron los ondulados peñascos de los montes Laramie, más allá de los cuales estaba rancho Cheney. No parecía haber ningún centinela a la vista, aparte del que Mac acababa de matar.

—Nunca lo hubiera creído —musitó Duncan.

—¿Qué no hubieras creído?

—Dos cosas: Primero que fuera a ayudarte a ti, y luego, que las huellas de aquel caballo nos conducirían hasta rancho Cheney. Porque Cheney, aunque tiene fama de buitre en cuestión de negocios, ha aparecido siempre como un hombre íntegro en otros aspectos; por ejemplo, en cuestión de mujeres.

—Norma le habrá hecho perder los nervios —susurró Mac—. Es muy bonita, y es posible que haya olvidado todo con tal de

poseerla.

Los ojos de Duncan se nublaron.

—Vamos —dijo roncamente—. Vamos… Tendré mucho gusto en balancearme de los pies de Cheney cuando lo ahorquen.

Los dos jinetes descendieron del promontorio rocoso que les había servido para avistar al centinela y atravesaron el desfiladero hasta llegar a la llanura, donde estaba rancho Cheney. Desde allí lo vieron. El conjunto de edificios resultaba magnífico.

Quizá por eso, los dientes de Duncan rechinaron otra vez.

—Los mataré… —masculló—. Los ahorcaré a todos…

—Sin embargo, tú no harás eso porque quieras a Norma —dijo inesperadamente Mac.

Duncan le miró.

—¿Por qué crees que lo hago entonces?

—Por ansia de exterminar a un malvado, por venganza, por orgullo, por imponer la ley…, ¡por lo que quieras! Pero no porque quieras a Norma.

—¿No?

—No. Tú a la única que quisiste fue a Nancy.

Duncan le volvió a mirar, pero ahora burlonamente.

—¿Sabes que eres un tipo muy memorión para ser alguien que ha perdido la memoria? ¿Cómo recuerdas que yo quería tanto a Nancy?

Mac desvió la mirada.

—No tiene importancia. Quizá sea una impresión mía solamente… Pero lo que sé es que no quieres lo suficiente a Norma, porque de lo contrario, hubieras acudido a tiempo de casarte con ella. Te importaban más otras cosas que tu propia boda. Y a ella le ocurre lo mismo. Ella tampoco te quiere lo bastante a ti.

—¿No? ¿Por qué? —preguntó Duncan, con voz tensa y silbante.

—En parte porque habéis estado siempre separados, y en parte porque su padre fue el que, por decirlo así, te hizo entrar en la intimidad de la muchacha, ya que él te admiraba como a un celoso defensor de la ley. Pero Norma no te eligió. Dejó simplemente obrar a su padre.

—¡Eso no puedes saberlo!

—Cierto, no puedo saberlo, pero sí puedo imaginarlo. Y lo que he visto en el rostro de esa muchacha no creo que me engañe. Ella

tampoco tenía ilusión. Ella iba a su boda como el que va a tomar el té a casa de una vecina.

La voz de Duncan estalló:

—¡Calla!

—No he hecho más que decirte la verdad, Duncan. Y, además, una verdad que no ofende.

—Aunque me hayas ofendido será igual… —musitó Duncan—. El resultado será el mismo; es decir; dentro de muy poco, te convertiré en un cadáver. Cuando hayamos salvado a Norma, cavaré tu fosa…

Mac susurró:

—Calla, ahí viene el comité de recepción.

En efecto, al salir del desfiladero resultaban ya visibles desde el rancho, y un grupo de jinetes se estaba aproximando a ellos.

Eran cuatro hombres. Cuatro tipos armados con rifles.

Duncan susurró:

—Para ti los dos de la derecha, para mí los dos de la izquierda. Pero aguarda a que estén a unas cien yardas. Menos mal, infiernos… Ya hacía una hora larga que no mataba a nadie…

CAPÍTULO XVI

Cheney, desde la ventana de su habitación, vio a los dos jinetes que acababan de aparecer emergiendo de las profundidades del desfiladero, pero no dio demasiada importancia al asunto porque a aquella distancia no los reconoció. Además, cuatro de sus hombres ya se habían destacado para darles la bienvenida en caso necesario, de modo que no había por qué pensar más en ello.

Dentro de la habitación, al alcance de sus manos, había algo mucho más importante que los dos jinetes perdidos en la distancia.

Ese «algo» era una mujer con figura de diosa o una diosa con figura de mujer —Cheney empezaba a no estar seguro ya de nada—, pero que le atraía terriblemente, que trastornaba sus sentidos. Se trataba nada menos que de la mujer que siempre deseó. Se trataba de Norma Key.

Ella, con aquellas ropas demasiado ceñidas, estaba más deseable que nunca. Su busto jadeante la hacía más atractiva, más hermosa. Y, por si ello fuera poco, Cheney le había desgarrado ya parte de sus ropas. Lo que los jirones de tela dejaban ver, le tenía loco.

Se acercó insinuante, sabiendo que la muchacha estaba acorralada. En el silencio íntimo de la habitación, se oía el entrecortado respirar de Norma, que estaba materialmente pegada a uno de los rincones, sin poder retroceder ya ni una pulgada más.

—No seas niña… No hagas más difíciles las cosas —susurró Cheney—. Sabes que lo que tiene que ocurrir ocurrirá de todos modos. Aquí estamos como en una isla desierta… Nadie podrá ayudarte.

—Lo sé, pero usted sabe también una cosa, hiena repugnante: Para conseguir lo que espera, tendrá que matarme.

—¿De veras?

—¡Nunca cederé!

—Parece que no te das cuenta de la situación, muchacha… Siempre te he deseado y me he jugado ya demasiado para traerte aquí, de modo que por conseguirte haré lo que sea, ¿entiendes? ¡Lo que sea!

—Entonces, empiece por matarme. Le será más fácil.

—¡Estúpida!

Cheney se abalanzó sobre ella, y lo hizo con la técnica del que ha vivido ya muchas situaciones semejantes. La muchacha, que aún confiaba en poder escapar, se sintió presa en el dogal de sus brazos. Cheney era un hombre fuerte y la mantuvo prisionera, quieta, mientras se recreaba bebiendo el aliento de la mujer. Luego, disfrutando con los gemidos de Norma, la besó salvajemente. Ella se debatía con desesperación, sabiéndose pérdida, notando que las manos ansiosas del hombre la acariciaban y que el cuerpo de Cheney, lenta e implacablemente, la iba empujando hacia el lecho de matrimonio que ocupaba la mayor parte de la habitación.

—¡No! —gimió inútilmente—. ¡Nooo!

En aquel momento sonaron unos disparos.

Cuatro.

Cheney soltó su presa, mientras se volvía rápidamente, con las facciones crispadas.

Pero enseguida se tranquilizó.

—Han debido matar a esos jinetes… —dijo en voz baja—. Ahora lo comprendo. Dos balas para cada uno…

Pero se equivocaba, porque había ocurrido justamente lo contrario.

Los que habían muerto eran sus guardianes.

Una bala por cabeza.

Tanto Mac, a quien Duncan había dado uno de sus revólveres, como este último, habían hecho las cosas bien. Dejaron que los jinetes se pusieran a tiro, y cuando éstos les conminaron a rendirse, o a explicar qué querían, movieron las manos con rapidez fantástica. El resultado fue cuatro cuerpos contorsionados sobre la tierra ocre.

Duncan masculló:

—Por poco son más rápidos que nosotros esos buitres. Tenían ya los revólveres en las manos.

—Nos cabe el consuelo de saber que no los hemos asesinado —musitó Mac—. Tenían ventaja.

—Pero ahora la suerte está echada. Nos acribillarán desde todas partes del rancho, y lo peor es que no sabemos cuántos hombres hay en él. Por tanto, propongo dos cosas.

—¿Cuál es la primera?

—Que nos lancemos al galope sobre el edificio principal, a la vieja manera del Oeste, y que acribillemos a todo el que salga. El que consiga apoderarse de Norma, que la salve.

—¿Y cuál es la segunda?

—Si, después de eso, alguno de nosotros llega a contarlo, nos reuniremos en el centro del desfiladero que hay en los montes Laramie. Allí sostendremos un duelo a muerte.

—No renuncias a la idea de liquidarme, ¿eh?

—He recorrido medio Oeste para eso. Por lo tanto, no voy a renunciar ahora.

Mac Jensen sólo necesitó una mirada de soslayo para darse cuenta de que aquel hombre no bromeaba. En efecto, acabar con él era para Duncan la tarea más importante y agradable de su vida. Incluso más que salvar a Norma. Y por eso, el joven supo con absoluta seguridad que aquella misma mañana uno de los dos moriría.

Pero no había tiempo que perder. Los del rancho ya debían estar preparándose para la defensa.

Manejando las riendas con la izquierda y llevando cada uno un revólver en la derecha, se lanzaron a un rabioso y frenético galope que recordaba las cargas de caballería de la guerra de Secesión. Desde tres de las ventanas del rancho, alguien empezó a disparar con rifle.

Duncan hizo una finta con su caballo, mientras descolgaba algo que tenía sujeto a la silla.

Guardó el revólver, sujetó durante unos segundos las riendas con los dientes y prendió fuego a la mecha que sobresalía del bulto que acababa de sacar.

Mac se dio cuenta de qué era lo que Duncan tenía en las manos. ¡Un paquete de cartuchos de pólvora! ¡Una verdadera bomba!

—Nos tirotean desde el dormitorio de los vaqueros. ¡Vamos allá! ¡Hay que terminar con sus cochinas vidas!

No había duda de que Duncan estaba disfrutando, de que todo aquello era glorioso para él. El peligro inminente de morir parecía no haber pasado por su cabeza.

Cuando Duncan se lanzaba al ataque, él sólo pensaba en una cosa: ¡En matar!

Justo cuando se disponía a lanzar la carga contra una de las ventanas, una bala abatió su caballo. Duncan salió trompicado y dio varias vueltas de campana en el aire, tan terrible era la velocidad que llevaba, pero no soltó los cartuchos. Mac Jensen liquidó de un balazo al hombre que acababa de disparar, y que había asomado demasiado la cabeza por la ventana.

Duncan, de rodillas en el suelo, lanzó una salvaje carcajada, mientras arrojaba el paquete y lo hacía entrar por una de las ventanas.

La explosión no tardó ni una décima de segundo en producirse. Si Duncan hubiese llegado a entretenerse, los cartuchos le habrían hecho volar a él.

Todo el edificio en que se hallaba el dormitorio de los vaqueros de rancho Cheney, tembló hasta sus cimientos.

Los disparos cesaron instantáneamente. Los rifles que antes asomaban por las ventanas, ya no volvieron a aparecer.

Duncan lanzó otra carcajada y apuntó a la puerta, que supuso se abriría de un momento a otro.

En efecto, dos hombres, vomitando sangre, aparecieron segundos después. Duncan los tumbó de dos balazos en la frente.

Otro, que se había encaramado al tejado del edificio principal, fue abatido por Mac de un disparo a la cabeza. Y uno que intentaba protegerse tras las columnas del porche, dio un extraño salto cuando una nueva bala de Mac le atravesó el corazón.

Mac saltó hacia la puerta principal y la derribó de un terrible impacto con su hombro izquierdo.

Alguien le esperaba allí, en el vestíbulo, con el revólver ya preparado. Mac y Duncan apretaron el gatillo al mismo tiempo, mientras lanzaban una salvaje interjección.

El capataz de rancho Cheney, que era el que estaba allí apostado, cayó con la cara destrozada, cuando dos balas atravesaron su boca. Mac saltó de costado y tumbó a un nuevo pistolero que se aprestaba a disparar desde lo alto de las escaleras.

Un agudo grito de mujer llegó desde el fondo de un pasillo, donde había una puerta coquetonamente pintada de blanco.

Mac saltó hacia allí, descerrajó la cerradura de un balazo y empujó la puerta. Norma Key, una Norma con los vestidos medio destrozados, cayó llorando en sus brazos.

Durante unos segundos, Mac la miró. Durante unos segundos que le parecieron los más largos e importantes de su vida, se dio cuenta de que nunca había visto una mujer como aquélla, de que nunca podría amar a otra después de haber estrechado el cuerpo de Norma Key.

Pero todo el rancho olía a pólvora y a muerte. No podía perder el tiempo en pensamientos más o menos sentimentales.

Cheney podía estar acechando, dispuesto a matar.

—¿Dónde está ese buitre? —masculló Mac—. ¿Adónde infiernos ha ido?

—Ha saltado hacia la ventana trasera y ha podido hacerse con un caballo —susurró la muchacha—. Por fuerza ha tenido que huir hacia los montes Laramie. En la ciudad de Wolson, donde pocos le conocen tal como es, quizá espere hallar protección.

—La única protección que encontrará será la del sepulturero. Voy a por él.

Se desprendió de los brazos de la muchacha. Ésta le retuvo un instante. Sus manos ansiosas oprimieron los brazos del hombre.

También aquello duró sólo un momento, pero para Mac fue asimismo el más largo e importante de su vida entera.

Ella susurró:

—Mac…

No dijo más, pero aquella palabra lo simbolizaba todo. Con aquella sola palabra, ella le habló de su vida sin amor verdadero, de su compromiso con un hombre demasiado violento, al que iba a entregarse solo por obedecer a su padre. Mac Jensen adivinó todo eso en fracciones de segundo, pero comprendió que, a pesar de todo, aquella mujer nunca podría ser suya.

Alguien dijo desde la puerta:

—Parecéis dos tortolitos…

Ambos se volvieron a la vez. Duncan estaba en el umbral, con el revólver todavía humeante y una extraña y desdeñosa expresión en sus labios.

—Parece que Cheney no ha conseguido sus propósitos, ¿verdad? —preguntó mirando a Norma.

—Hubiera tenido que matarme.

—¿Y adonde ha ido?

—Creo que intenta hallar refugio en Wolson, galopando a través de los montes Laramie.

—Pues no encontrará más refugio que la sepultura —susurró Duncan, con una frase muy parecida a la que ya antes pronunciara Mac—. Vamos a cazarle antes de que llegue a la ciudad.

Miró a Mac, como preguntándole con los ojos. Y éste musitó:

—Vamos.

—Pero no olvides lo que te he dicho. Una vez concluido ese trabajo, tenemos otro «trabajo» tú y yo.

—No lo olvidaré —susurró Mac.

Y salieron en silencio los dos.

CAPÍTULO XVII

No les fue nada difícil encontrar dos caballos frescos entre los muchos que engordaban sin hacer nada en las cuadras del próspero rancho. Antes, Duncan dejó malherido al encargado de los establos, que había intentado detenerlos con un disparo de rifle. Montaron ágilmente y emprendieron un rabioso galope hacia los montes Laramie.

Mac preguntó a gritos, dominando el ruido infernal de los cascos de los caballos:

—¿No quedará ningún otro pistolero en el rancho? ¿No habrá nadie más que ponga en peligro la vida de Norma?

—Me parece que nadie se atreverá a mover un dedo después de la carnicería que hemos hecho. Pero ¿por qué te preocupas tanto de ella?

Latía la burla en la voz de Duncan. La burla del pistolero que está seguro de ser el mejor.

—Nunca he visto una mujer así —contestó con franqueza Mac.

—¿Sabes que por eso solo ya tengo razón para matarte, maldito Mac Jensen?

—Tienes muchas razones, Duncan. Una de esas razones se llama Nancy.

—¡Te liquidaré, Mac! ¡Te liquidaré como a un perro!

—¿Ya has pensado que podría liquidarte yo a ti?

—Claro que lo he pensado… Incluso he elegido tu arma favorita, el cuchillo. ¡Pero dentro de diez minutos, te habré abierto en canal, Mac! ¡Entregaré a Norma un cuchillo tinto en sangre como regalo de bodas!

Acercando más su caballo, gritó para añadir:

—Y no creo una palabra de lo de tu pérdida de memoria,

maldito bastardo. Tú sabes perfectamente por qué quiero matarte.

—Desgraciadamente, lo sé, Duncan.

Fue a añadir algo, pero no pudo. En aquel momento entraban en el desfiladero que cruzaba aquella zona de los montes Laramie.

Y sonó un disparo.

Duncan lanzó una salvaje maldición y cayó de su caballo, mientras una cicatriz de sangre se marcaba en su frente.

Mac extrajo su revólver, con un movimiento centelleante, y fue entonces cuando vio a Cheney en lo alto de un promontorio rocoso.

Cheney le estaba apuntando ya.

CAPÍTULO XVIII

Mac se dejó caer a tierra en fracciones de segundo, mientras Cheney apretaba el gatillo. La bala, que iba dirigida a su cabeza, le arrancó cabellos entre la oreja izquierda y el parietal. Cheney tiraba endiabladamente bien, y además, con ese perfecto dominio de los nervios que sólo puede tener un auténtico gun-man, se mostraba tan frío e impasible como una estatua.

Mac rodó por tierra y no pudo incorporarse a tiempo. Otra bala se empotró en la arena, junto a su costado.

Se oyó entonces una detonación hacia la derecha.

Duncan, de rodillas en el suelo, había disparado a su vez. La bala, enviada con demasiada precipitación, no alcanzó a Cheney, pero bastó para que éste se diera cuenta de que, fallada la sorpresa, su posición ya no era buena. Lanzando un grito, se perdió entre las rocas.

Mac se puso en pie de un salto.

—Creí que te había liquidado, Duncan.

—Eso hubieras querido tú, ¿no?

Y Duncan se limpió de un manotazo la sangre que le empapaba ya la frente.

—Ha sido una rozadura. Me va a doler, pero no acabará conmigo, maldita sea. Vamos, hay que perseguir a ese tipo.

—¿Tienes un cuchillo? —preguntó Mac.

—¿Por qué?

—Es que ése, es asunto mío.

—Nunca le alcanzarás con un cuchillo, entre las rocas. No podrás acercarte tanto.

—Repito que ése es asunto mío. Déjamelo. ¡Y no te muevas de

aquí!

—¿Pretendes liquidar a Cheney tú solo?

—¿Y por qué no?

Duncan le dirigió una mirada burlona.

—¿Qué tienes en especial contra él? ¿No crees que me corresponda a mí ese elevado honor?

—¿Y por qué a ti?

—Él ha intentado ultrajar a la mujer con la que voy a casarme —dijo Duncan por entre sus dientes apretados.

—Y él ha intentado ultrajar a la mujer a la que yo quiero —dijo Mac a su vez, como un eco.

Duncan separó los labios en una extraña sonrisa.

—¿De modo que ésas tenemos? ¿De modo que te has enamorado de Norma como un tortolito?

—No le he dicho una sola palabra que lo demostrara, pero sé que es la única mujer a la que podré amar en mi vida.

—Pues lo siento por ti, porque tu vida va a durar muy poco.

—De acuerdo, Duncan, eso lo discutiremos después. Pero ahora dame el cuchillo. Quiero acabar con esa alimaña de Cheney.

Duncan, sin perder ni un instante su sonrisa burlona, extrajo su cuchillo y se lo arrojó por los aires. Mac lo cazó al vuelo, sin ninguna dificultad, empuñándolo certeramente por el mango.

—Cuando nos desafiemos no va a haber más que un arma blanca —susurró Duncan—. ¿Qué vamos a hacer? ¿Será necesario rifarla?

—Supongo que Cheney llevará un cuchillo. Se lo quitaré.

—Eso en el supuesto de que logres matarlo. ¡Ah! Y oye una cosa.

—¿Qué?

—Yo voy a intentar cazarlo también por mi cuenta. No quiero que el bicho tenga ninguna posibilidad de escapar, ¿entendidos? Pero si ves que él va a liquidarme a mí, te aconsejo que no intervengas. Te conviene que me mate, porque de lo contrario, yo te mataré a ti.

—Lo doy por descontado, Duncan.

—Pues entonces, arrea.

Los dos empezaron a trepar por entre los peñascos, siguiendo cada uno distinto camino. Mac se dio cuenta de que Duncan acusaba una cierta inseguridad cuanto más alto se encontraba, pero no dio excesiva importancia a ese detalle. En realidad, en estos

momentos sólo una cosa tenía interés para él: cazar a Cheney.

Sin descuidar la vigilancia en ningún momento, pues sabía que su enemigo estaba bien armado, ascendió por entre los peñascos hasta que el desfiladero apareció a sus ojos como una línea delgada y casi invisible. Advirtió que Duncan ascendía también, lanzando maldiciones.

«Si Cheney le oye le va a cazar… —pensó maquinalmente—. Se confía demasiado, sin darse cuenta de que el otro conoce el terreno mejor que él…»

Una descarga cortó de raíz aquellos pensamientos.

La bala, disparada a unas veinticinco yardas, le trazó un surco en la mejilla y fue a estallar contra una roca que había tras su cabeza. Vio fugazmente a Cheney, que se disponía a apuntar otra vez.

Mac no llevaba ahora más armas que el cuchillo. Se acurrucó, sabiendo que si Cheney se daba cuenta de lo importante que era su ventaja no vacilaría en acercarse a diez pasos para rematarlo.

Pero Duncan no se estuvo quieto.

Lanzando un aullido, disparó tres veces, haciendo retroceder a Cheney.

Éste se colocó entre dos rocas, en una posición casi invulnerable, porque sólo podían atacarle por un lado, y ese lado era el que dominaba perfectamente con su revólver.

Mac comprendió que había llegado el momento de avanzar. Sólo podría vencer a Cheney en el cuerpo a cuerpo. Tenía que acortar distancias.

De dos ágiles saltos se encaramó a una roca y luego se dejó caer a unos quince pasos de donde estaba Cheney.

Éste percibió el ruido del avance. Temblando, sacó la cabeza unas fracciones de segundo y disparó sin mirar, buscando que su enemigo respondiera e identificase su posición. Pero Mac no pudo responder porque no tenía revólver. Sonrió secamente, al darse cuenta de que su enemigo estaba ya demasiado nervioso; las ventajas iban poniéndose de su parte.

Dio un salto más y cayó al otro lado de la roca, tras la cual estaba Cheney.

Éste se encogió en su refugio, con todos los nervios en tensión, mientras dibujaba inquietos movimientos de abanico con su

revólver.

Nadie podría entrar en su refugio más que por un solo sitio, y ese sitio lo dominaba él perfectamente. Lo máximo que conseguirían sería acorralarle y rendirle por hambre; pero para eso hacían falta varios días y varias noches, y precisamente habían entrado en la fase de luna nueva. En cualquier momento, cuando las tinieblas se adueñaran del horizonte, él podría escapar.

Sentía las gotas de sudor empapando su cuello y resbalando por debajo de su camisa, pero comprendió que debía serenarse. No todo estaba perdido aún. Uno de sus enemigos, por lo visto, no llevaba armas de fuego, y el otro manifestaba mucha inseguridad desde que habían empezado a trepar por las rocas. Si lograba liquidar a uno de ellos, incluso le sería posible volver al rancho, apoderarse de una buena suma de dinero y llevarse consigo a Norma Key. Nada de eso era imposible.

Se mantuvo quieto, conteniendo la respiración, mientras esperaba que uno cualquiera de sus enemigos atacase.

Sabía que al menos uno de ellos, estaba tras la roca de la derecha, apenas a una yarda de distancia, pero le iba a ser imposible saltar sobre él sin exponerse al fuego de su revólver.

Mac lo sabía también. Él sentía igualmente las gotas de sudor resbalando por su cuello y por debajo de su camisa. Él estaba trazándose asimismo un plan de acción, pensando angustiosamente que un solo paso en falso podía costarle la vida.

En aquel momento intervino Duncan.

Duncan, que no era amigo de contemplaciones, se dio cuenta de que Cheney estaba metido en una madriguera y de que sólo había un medio para sacarle de allí. Por tanto empezó a disparar contra las paredes laterales, sabiendo que los proyectiles estallarían por docenas de partículas ante las mismas narices de Cheney. Seguro que éste no resistiría ni dos minutos el suplicio.

Y no resistió ni uno.

Cuando dos esquirlas de bala se le clavaron en la mejilla izquierda, haciéndole sangrar, lanzó un alarido y se arrojó hacia adelante, trazando ante sus ojos una cortina de fuego.

Vio ante él aquella especie de sombra, aquella silueta extraña que parecía flotar entre la neblina. No se dio cuenta de que era un hombre hasta que vio aquel brillo cegador en su mano derecha.

Hasta que advirtió que, apenas a un paso de distancia, se movía un cuchillo.

Cheney lanzó un grito animal, un auténtico aullido de fiera acorralada, mientras desviaba su revólver.

La vida fue del más rápido.

Cheney tenía toda la ventaja, porque sólo precisaba mover el dedo índice, mientras que su enemigo debía arquear todo el brazo derecho, clavarle la hoja y acertarle además en un punto vital, Pero nadie había luchado a cuchillo con Mac Jensen y después había seguido vivo. Y aquella vez no se produjo la excepción.

Cheney sintió el frío de la muerte cuando la hoja de acero penetraba hasta lo más hondo de su corazón, cuando una oleada de sangre empezó a brotar desde el fondo mismo de su garganta.

Con un último espasmo, consiguió apretar el gatillo, pero ya Mac se había desviado, dejándole el cuchillo clavado en el pecho.

La bala no se perdió del todo. Aunque pasó relativamente lejos de Mac, en cambio, rozó a Duncan, que estaba encaramado en lo alto de una roca y se disponía a hacer fuego con su revólver.

La herida fue insignificante; apenas una rozadura en el costado izquierdo. Pero bastó para que Duncan perdiese el ya difícil equilibrio y se despeñara roca abajo, soltando el revólver.

El grito que lanzó fue impropio de él. Fue un grito de terror inhumano, cuando todo el mundo sabía que Duncan era valiente y que nada le había acobardado nunca.

Nada excepto los espacios vacíos. Nada excepto el vértigo.

Con las dos manos, logró asirse al borde de la roca, pero cometió el error de mirar hacia abajo. La sensación de angustia le venció. El vértigo fue tan intenso, que toda la fuerza de sus dedos se perdió como por encanto.

Sintió que resbalaba, que iba a deslizarse hacia el abismo irremediablemente, sin posible salvación.

Gritó otra vez.

Su grito fue más bien una reacción instintiva que no pudo controlar. Lo que le movió a lanzarlo, fue el miedo de su cuerpo, no el miedo de su alma. Fue el terror de la carne que se resiste a desaparecer.

Pero cuando Mac se acercó para ayudarle, Duncan casi escupió las palabras:

—¡No te acerques, maldito!

—¿Es que quieres despeñarte?

—¡Toda la vida he tenido vértigo y toda la vida me las he apañado con él! ¡Déjame en paz!

—¡Vamos, no seas imbécil!

—¡He dicho que me dejes en paz! ¡Sabes de sobra que quiero matarte! ¡Te conviene que reviente! ¡Aparta de ahí o te escupiré a la cara!

Un nuevo resbalón hizo que sólo quedara sujeto por dos dedos. Su cuerpo fue atraído irremisiblemente por el abismo.

Cometió el error de mirar abajo otra vez, y tuvo que morderse los labios para no lanzar un nuevo grito de horror.

Mac aprovechó el momento.

Le sujetó férreamente por la muñeca derecha, mientras afianzaba bien los pies sobre la roca, y tiró de él.

Mac no sentía vértigo. No sabía lo que era. Otro hubiera vacilado tal vez ante el abismo que se abría bajo sus ojos, pero él no tuvo ni un solo parpadeo.

Duncan, al sentirse izado, mascullό:

—¡No creas que por eso te perdonaré la vida, maldito! ¡Nunca he perdonado a nadie!

—Ni yo te pido que lo hagas. ¡Vamos, arriba!

Antes de poder darse cuenta real de lo sucedido, Duncan estaba ya sobre las rocas. Pero aún vaciló, y Mac tuvo que hacerle apoyarse en una de las paredes, en el lado opuesto al abismo.

A Duncan le costaba respirar al principio. Vaciló unos instantes, pero se rehízo pronto.

Masculló:

—Está bien, tú te lo has buscado.

—¿Qué es lo que me he buscado, Duncan?

—Que te mate. Pudiste haberme dejado reventar, pero ahora ya es demasiado tarde. Vamos abajo.

—No te atreves a pelear aquí porque entre estos peñascos, yo tendría ventaja, ¿verdad?

—También a ti te doy la ventaja del cuchillo. Eres en eso mucho más experto que yo.

—Renuncio a esa ventaja.

—¿Cómo?

—Vamos a resolver esto con los puños, Duncan.

Duncan parpadeó.

—¿Estás loco? Con el cuchillo aún podrías vencerme; pero con los puños, no lo conseguirás. ¡No lo conseguirás, imbécil!

—Eso está por ver aún.

—Está bien. Descendamos.

Bajaron poco a poco los dos, tras dirigir una última mirada al cadáver de Cheney, que había quedado retorcido entre las rocas, como un extraño muñeco. Cuando llegaron al suelo arenoso del desfiladero, fue Duncan el que dijo:

—Recuerda una sola cosa, Mac. Esta pelea va a ser a muerte.

—¿Tanto me odias?

—He recorrido medio Oeste para matarte. Lo sabes tú y lo sabe todo el mundo, desde San Luis hasta las Montañas Rocosas. No es ningún secreto para nadie.

—Lo haces porque yo ultrajé a la mujer que iba a casarse contigo, ¿no?

—Y porque la asesinaste. Y porque asesinaste a mi primo John.

—Entonces tienes tres hermosos motivos…

—Y lo que siento es no poder matarte tres veces.

Después de estas palabras, Duncan ya no esperó más. Con la salvaje violencia que le caracterizaba, se lanzó al ataque, empleando los dos puños a la vez. Sorprendió a su enemigo desprevenido y le cazó directamente en la mandíbula y en un pómulo. Mac cayó a tierra, lanzando un gemido de dolor.

La embestida de Duncan había sido la de un auténtico toro. Vio avanzar a éste haciendo movimientos raros con las piernas y comprendió enseguida cuál era el golpe que estaba preparando.

Era un golpe mortal, un golpe salvaje.

Pretendía situarse junto a él, apoyar todo el peso de su cuerpo en el pie izquierdo y clavarle a Mac la espuela en el cráneo de un solo golpe con la bota derecha.

Mac Jensen había visto acabar a algunos hombres así. Y no se le olvidaría nunca la mueca angustiosa que acompañó a su muerte.

Sin embargo, conservó la serenidad. Dejó avanzar a su adversario y en el último segundo, movió las dos manos, sujetándole la bota.

La espuela le arañó los dedos, haciéndole lanzar un gemido,

pero no tuvo más que girar las manos para que Duncan, apoyado en un solo pie, perdiese el equilibrio. Lanzó una maldición cuando sintió que daba una voltereta por el aire, cayendo de bruces a tierra.

Mac Jensen se puso en pie de un salto, aprovechando el momento. Duncan también vaciló.

Ágil como un ciervo, se encontró frente a Mac antes de que éste hubiera tenido tiempo para preparar la guardia.

—Muy bien, Mac… —dijo con una sonrisa helada—. No has hecho más que alargar tu agonía.

Volvió al ataque, pero ahora no consiguió cazarle desprevenido. El codo derecho de Mac encajó el zurdazo que iba dirigido a su hígado y el codo izquierdo frenó al enemigo que se le echaba encima. Durante unos segundos, Duncan quedó con la guardia baja.

Un gancho voló al encuentro de su mandíbula. Se oyó un chasquido y Duncan cayó hacia atrás, mientras sus labios sangrantes ahogaban una maldición.

Mac fue a arrojarse sobre él, pero Duncan dio una rápida vuelta sobre sí mismo y su adversario no consiguió otra cosa que morder el polvo.

—Parece que aún tienes mucha agilidad, Duncan… —susurró Mac—. Pero te durará poco.

—¿Tú crees?

—Creo que voy a demostrarte que soy tan rápido con los puños como con el cuchillo.

Duncan sonrió, aun a costa de que sus labios castigados expulsaran un hilo de sangre.

—Muy bien; vamos a probarlo.

Antes de que su enemigo pudiera reaccionar, ya le había clavado un puntapié en el estómago, moviendo en ágil tijereta sus largas piernas. Mac recibió el impacto de lleno y se encogió dolorido, mientras Duncan movía los brazos en gancho para cazarle en la mandíbula.

Pero no llegó a tocarle.

Mac, encogido como estaba, se lanzó en tromba y le propinó un brutal cabezazo al estómago. Se oyó un sordo impacto y durante varios segundos los dos hombres se estremecieron, sacudidos por el dolor, sin fuerzas ninguno de ellos para iniciar un nuevo ataque. Al fin, fue Mac el que se movió primero.

Dobló la rodilla y propinó un corto al hígado de Duncan, que no supo esquivarlo a tiempo. Duncan sintió que le fallaban las rodillas y quiso enderezar se con un supremo esfuerzo de voluntad, pero eso mismo hizo que descuidara la guardia.

Mac movió ahora el puño derecho.

El gancho fue directo a la mandíbula de Duncan, castigando un punto ya dañado con anterioridad. Duncan lanzó un gemido y alzó la guardia. Nuevamente, Mac movió la izquierda y se la clavó dos veces en el hígado, con una velocidad fulminante.

Ahora sí que Duncan sintió que le fallaban las rodillas. Ahora sí que empezó a perder el mundo de vista.

Pero aún no estaba vencido. Aún movía el brazo derecho como una catapulta, de fuera adentro, y pudo cazar la ceja de Mac, que había empezado a confiarse excesivamente.

La ceja saltó. Mac sintió que el dolor llegaba hasta el fondo de su cerebro y que la sangre le cegaba en oleadas.

Pero no se dejó impresionar. Había visto muchas cejas partidas, y a él mismo le habían castigado muchas veces de aquel modo. Entornando los ojos, disparó sus dos puños a la vez, pero con un leve movimiento alternativo, para que no llegaran juntos al impacto. El
uno-dos
produjo un chasquido brutal en los huesos de Duncan. Éste lanzó un grito y cayó hacia atrás, pero no llegó, a rodar del todo.

Con menos golpes de los que había recibido él, cualquier boxeador profesional, hubiese doblado la rodilla, sin embargo, él no lo hizo. Aún se sentía fuerte y aún pensaba vencer. Después de chocar sus espaldas contra una roca, avanzó tambaleándose, mientras preparaba la guardia.

Fue un error.

Cualquiera se hubiese dado cuenta de que los repetidos impactos en el hígado le habían destrozado, y de que necesitaba un descanso. Seguro que la cabeza le zumbaba y que ya no veía bien. Además arrastraba los pies al andar penosamente.

Pero él sólo veía la ceja sangrante de su enemigo y pensaba que aún podía vencer.

—¡Te voy a…! —gritó.

No pudo decir más. De un seco cruzado con la izquierda, Mac lo

envió otra vez contra las rocas. Mientras Duncan estaba en el aire, lo volvió a cazar, ahora con un *jab* de derecha, que hizo dar a Duncan dos vueltas sobre sí mismo.

Con ojos de asombro más que de dolor, Duncan le miró mientras caía.

Él había visto venir aquellos golpes e incluso había hecho lo necesario para pararlos, pero sus brazos no le respondieron. Él era el único que no se daba cuenta de que era ya un muñeco, de que estaba destrozado. Sin embargo, volvió a saltar.

Ahora ya jadeaba como una bestia herida.

Mac lo arrinconó contra las rocas y le volvió a castigar el hígado, para que Duncan no pudiera reponerse. Luego repitió su golpe anterior, pero ahora doble, o sea, que fue un alucinante uno-dos-tres-cuatro. Los huesos de Duncan crujieron y su boca se transformó en un manantial de sangre. Una de sus cejas saltó, mientras el líquido rojo le cegaba. Intentó reaccionar y un último gancho le envió de espaldas contra las rocas, sin aliento, sin fuerzas, notando ya en sus labios el sabor espeso de la muerte.

Desde allí, aún miró a su enemigo con expresión de desafío, como incitándole a que diera el golpe final.

—¿Por qué… no me matas? —jadeó—. Sabes que yo venía… a matarte a ti. Sabes que… no te hubiera… perdonado.

—Naturalmente que lo sé.

—Desenfunda… mi cuchillo… No podré impedirlo… Ni mi revólver ni el tuyo… tienen balas… No puedo defenderme… Liquídame de una vez, maldito seas.

Mac Jensen apretó los labios, se pasó una mano por los ojos, como si en aquel instante notara el inmenso cansancio, y volvió la espalda a su enemigo.

Fue en aquel mismo instante cuando ambos oyeron una vocecita tímida que decía:

—¿Puedo entregarle ahora la carta de que le hablé, señor Duncan? ¿No quiere leerla de una vez, antes de que la diñe?

Duncan entreabrió los ojos, uno de los cuales estaba brutalmente castigado por los golpes.

Vio al empleado de Correos que había conocido en la ciudad. Por lo visto el tipo era fiel e incansable. Le había seguido a todas partes.

—¿Qué harás si un día te dan una carta para el infierno? —Gruñó.

—Entregársela, señor Duncan.

—¡Mil buitres! Entonces, dame ésa…

El empleado se la entregó.

Duncan la abrió con manos temblorosas, pero esas manos quedaron quietas, como paralizadas, cuando reconoció la letra. Cuando se dio cuenta de que aquella carta era de su novia muerta.

La carta era muy sencilla, muy grave. Estaba arrugada, después de haber rodado tanto tiempo por la mitad del Oeste. Y la letra, trémula, indicaba que la había escrito una persona a punto de morir.

Decía:

> «Ésta es mi última carta, la postrera que escribo en mi vida. Sé que voy a morir. Estoy gravemente herida y el médico me ha dado sólo un par de horas de palpitar sobre la tierra. Pero mi último acto quiero que sea… pedirte perdón.
>
> »Sé que odiarás mi memoria cuando te enteres de lo sucedido. Que no sabrás disculparme nunca el hecho de que, estando prometida a ti en matrimonio, me haya dejado engañar por otro hombre al que en el fondo quise siempre en secreto. Que haya sido enteramente de tu primo Ross, el cual me prometió casarse conmigo antes de que tú volvieras… Pero que ahora, para no tener que cumplir su promesa… me ha disparado a quemarropa dos balas en el corazón.
>
> »Por Dios, te ruego que no te molestes en perseguirle. Un muchacho que me conoce hace tiempo, un tal Mac Jensen, llegó a enterarse de toda la historia y le pareció canallesca la actitud de tu primo. No hace ni media hora que le ha desafiado y le ha vaciado un tambor entero entre las cejas. Si alguna vez encuentras a Mac Jensen…, dale las gracias.

»Te envía su último recuerdo: *Nancy*».

Cuando Duncan terminó de leer la carta, estaba mortalmente pálido. Sin embargo, no cambió la expresión de sus ojos.

Los tenía clavados fijamente en Mac.

—Imagino lo que dice esta carta —susurró éste—. Ya supongo que tu prometida te escribió antes de morir, pero a causa de tus continuos viajes, no la has recibido hasta ahora. Y tú también sabías lo que esa carta decía, Duncan. ¿No es cierto que lo sabías? ¿Verdad que conocías ya la verdadera historia?

Duncan masculló apenas:

—Sí.

—Entonces, ¿por qué me perseguías? ¿Por qué querías matarme?

—Porque tú eras el único que conocía mi deshonor. ¡Y porque Duncan es demasiado orgulloso para que alguien pueda ir diciendo por ahí que ultrajaron a la mujer que él quería!

—Yo no lo hubiera dicho nunca, Duncan. Jamás. ¿Es que no te das cuenta? ¿Es que no oíste decir que yo había perdido la memoria? Es cierto que después de un accidente que tuve, muchas cosas se esfumaron de mis recuerdos y que luego las fui rememorando poco a poco, cuando una canción, una palabra, un gesto, me hacían pensar de nuevo en las cosas que habían sucedido. Y a esas palabras, a esos gestos que me hacían recordar, yo los llamaba «los hijos de la noche», porque parecían llegar hasta mí desde el vacío más negro… Pero, aunque no había perdido la memoria del todo, y aunque iba recobrándola día a día, yo iba explicando a mucha gente que no recordaba nada, e incluso demostraba no recordar. ¿No comprendes por qué lo hacía? ¡Para que ese rumor llegase a tus oídos, para que te dieras cuenta de que no tenías nada que temer de mí! ¡Yo no hubiera proclamado jamás que un familiar desaprensivo y una mujer demasiado ligera, se burlaron de ti! ¡No lo hubiera dicho nunca!

Mac calló bruscamente, después de aquel largo parlamento, mirando los ojos obsesionados de Duncan.

Y Duncan susurró:

—Hacías eso para que te perdonara la vida. Porque tenías miedo de que yo te matase.

—No. Yo ya sabía de sobras que tú habías explicado que tu prometida fue ultrajada a la fuerza, y que tu primo fue asesinado, porque así los librabas de culpa y quedaban a salvo tu honor y el de tu familia. Sabía de sobras que me acusabas a mí de ambos delitos como un pretexto para acabar conmigo. ¡Y sé también que no me hubieses asesinado, sino que me habrías dado una oportunidad, dejándome incluso elegir a mí las armas para el desafío! Pero yo no te tenía miedo, Duncan. Nunca lo he tenido Creo habértelo demostrado bien, ¿no?

Duncan bajó los ojos y su voz pareció una queje al susurrar:

—Entonces es que tenías compasión de mí…

—No llames compasión al deseo de salvar el honor de un hombre que siempre fue honrado, hasta que la adversidad le hizo perder los estribos. Espero que, de ahora en adelante, además de valiente seas justo, Duncan. Que dejes de ser el perro rabioso en que te habías convertido últimamente.

Duncan, por primera vez en su vida, tenía los ojos húmedos. Por primera vez en su vida Se le oyó susurrar:

—Eres…, eres la única persona buena que he conocido en todo el Oeste, Mac. Perdona…

—No hay nada que perdonar, Duncan. Sólo hay que aclarar una cosa.

—¿Qué?

—Tú no quieres a Norma Key. Jamás le explicaste tampoco la verdad de tu vida. Sólo querías demostrarte a ti mismo que podías conquistar a una mujer y podías obligarla a serte fiel. ¿No es eso?

Duncan balbució:

—Sí…

—En cambio, yo la quiero. La quiero de verdad, pese a haberla tratado poco tiempo. Creo que el destino nos ha unido y ya no nos separará. Y pido tu permiso para ir al rancho de Cheney a buscarla, Duncan…

Duncan se pasó una mano por la frente. Sus labios rotos esbozaron, también por primera vez en su vida, una dulce sonrisa.

—Tienes mi permiso. Y si yo fuera lo bastante viejo, tendrías también mi bendición, imbécil.

Mac sonrió. Aquella sonrisa fue la más alegre, la más sincera de toda su vida. Y mientras caminaba hacia la salida del desfiladero,

saludó a Duncan, en tanto gritaba:

—¡De todos modos, te invitaré a la boda, carcamal! ¡Haremos que sea una cosa sonada!

Duncan fue a decir algo, pero vio en aquel momento que el empleado de Correos le estaba mirando con ojos tristes.

—¿Malas noticias, señor Duncan? ¿No le ha gustado el contenido de esa carta?

Duncan se enderezó, se puso tieso, volvió a ser el que era.

—¡Claro que me ha gustado, botarate! ¡Me piden en ella que capture en Wyoming a un peligroso asesino! ¡Un empleado de Correos que se fugó con el saco de los giros, después de liquidar a tres de sus compañeros! ¡Y ahora voy en su busca! ¡Como se parezca a ti, te juro que…!

El empleado de Correos no esperó a oír más.

Echó a correr como si le persiguiesen todos los demonios.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España
Printed in Spain